

***QUIEN DA
LUEGO DA DOS
VECES***

Tirso de Molina

Freeditorial 

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

- Doña ELENA
- MARGARITA
- CALVETE
- Don LUIS
- Don DIEGO
- MARCO Antonio
- PEYNADO
- El MARQUÉS
- El PRÍNCIPE de Parma
- CLAUDIA
- JULIO
- CARLOS
- FABIA
- Dos LABRADORES

JORNADA PRIMERA

*Salen don LUIS, estudiante, y MARGARITA,
dama*

LUIS: Por vida vuestra...

MARGARITA: Es en vano.

LUIS: Sólo un rato.

MARGARITA: Ni un instante.

LUIS: Trato tengo cortesano.

MARGARITA: Sois español y estudiante,
iréisos del pie a la mano;
idos, o haré que os vais. ¡Hola!

Da voces

La quinta ha quedado sola.

LUIS: Noble soy, perded el miedo.

MARGARITA: Siendo mujer ¿cómo puedo,
si la licencia española
conozco y su inclinación?

LUIS: Pues ¿qué tiene?

MARGARITA: Es tan extraña,
que, según nuestra opinión,
nunca echó de ver España
si era calva la Ocasión.

LUIS: Cortedad es el perdella
cuando nunca usaron de ella
manchando vuestro valor.

MARGARITA: Luego echáis la culpa a Amor
y decís que os atropella;
basta lo que habéis hablado
y que con miedo os he oído.

LUIS: ¿Palabras miedo os han dado?

MARGARITA: Siempre las de España han sido

obras, según me han contado,
y no son recelos vanos,
porque acá los italiános
dicen, aunque no de miedo,
que tenéis los de Toledo
hasta en las palabras manos.

LUIS: Allá el decir es hacer;
pero aunque este nombre cobran,
nunca saben ofender.

MARGARITA: Con palabras que tanto obran
mal parece una mujer,
y por esto no os consiento
que me habléis.

LUIS: ¿Qué detrimento
corréis si palabras son
viento vano?

MARGARITA: Hay opinión
que en España engendra el viento.

LUIS: Es verdad. Andalucía,
de Marte y Minerva madre,
caballos veloces cría
que al viento tienen por padre.

MARGARITA: Luego la sospecha mía
no es mucho llegue a temer
que aquí me habléis, pues con ser
palabras viento en el mundo,
si el de España es tan fecundo
riesgo corre una mujer.

LUIS: Yeguas paren en España
del viento, mujeres no.

MARGARITA: Esa opinion os engaña,
porque si el viento adquirió
virtud tan nueva y extraña
con los brutos sin razón,
y para su perfección
basta el aire que no calma,
¿qué harán palabras con alma,
y más si españolas son?

LUIS: No corre ese riesgo en vos,
que os hizo de bronce Dios.

MARGARITA: Idos, o iréme...

LUIS: Un oído
sólo de limosna os pido.

MARGARITA: Si no tengo más de dos,
¿por qué me pedís el uno?

LUIS: Porque mis quejas entienda.

MARGARITA: No he visto yo pobre alguno
que la mitad de la hacienda
pida.

LUIS: Soy pobre importuno.

MARGARITA: De limosna os lo concedo;
abreviad, que atenta quedo.

LUIS: Un año ha, señora mía,
que dejé la patria mía,
ya vos sabéis que es Toledo.
La mocedad, que violenta
consejos de un padre dados,
que con su nobleza intenta
dejarme diez mil ducados,
entre otra hacienda, de renta,
me obligó a ver novedades
de Italia, cuyas ciudades,
letras, armas, bizarría,
autoridad, policía,
nobleza y antigüedades
hacen venir a ofrecerla
y rendirle la ventaja
a cuantos vienen a verla,
pues dicen que Europa es caja
y en ella Italia es la perla.
Gustó de venir conmigo,
por ver tierras, un amigo,
mi igual en valor y edad;
que en la patria es calidad
el ser un hombre testigo
de vista en otras naciones
varias en leyes, y gente
con que en las conversaciones
convoca auditorio y miente
sin peligro de objeciones.

Llegamos a Lombardía
después de ver la abundancia,
armas, valor, pulicía
y hermosura con que Francia
a Venus y a Marte cría.

Y embarcados en Marsella
hasta Génova la bella
advertimos lo que puede
la industria sabia que excede
la naturaleza en ella.

Vimos al mundo en Milán
abreviado, su riqueza,
las armas que se la dan,
su apacible fortaleza,
tanto español capitán,
tanto príncipe de fama,
tanto caballero y dama,
tanto mercader copioso,
tanto edificio suntuoso,
que, no obstante que se llama

Milán por ser de la tierra
el epílogo, me fundo
en decir que en paz y en guerra
es escritorio del mundo
donde sus joyas encierra.

Vimos a Bresa, Verona,
Mantua, Ferrara, Cremona,
Pavía, Parma, Plasencia,
Módena, Lodi, Vicencia
y todo lo que corona
el Tesín y el Po lombardos,
sin que la inmensa beldad
de sus ángeles gallardos
pudiese a la libertad
enflaquecer los resguardos.

Hasta que, entrando en Bolonia,
aquí, donde su colonia
tiene Apolo y donde, en suma,
Atenas rindió su pluma
y sus armas Babilonia,

mirando los privilegios
que le dio naturaleza,
sus conventos, sus colegios,
su gobierno y la grandeza
de sus edificios regios.

Mientras que los ojos veían
fábricas que entretenían
el gusto, entonces en calma,
asomóse a ellos el alma.

Cerráranse, pues podían,
pero fuera su crueldad,
y menos daño es, señora,
que pierda su libertad
el alma que os ve y adora
que el no gozar tal beldad.

Vi en vos el mal que contemplo
por bien, al salir de un templo
y entrar en una carroza,
cuarta esfera que el sol goza,
y alumbra el mundo a su ejemplo.

Y ciego el claro arrebol
que aquesta hermosura muestra,
sospeché, a fe de español,
que era la eclíptica vuestra
como me vi junto al sol;

informéme del estado,
nombre y valor que os ha dado
la fama que os acredita;
sé que os llamáis Margarita;
que sin padre habéis quedado
debajo de la cautela
de Marco Antonio Gonzaga,
hermano vuestro, que os cela
como padre, y es bien lo haga,
que el cuerdo siempre recela.

Supe que vuestra riqueza
no iguala a vuestra nobleza,
que es milagro cuando aúna
con los dotes de Fortuna
los suyos Naturaleza.

Y supe, en fin, que en beldad,
en virtudes, en valor;
nobleza y honestidad,
sois el ejemplo mayor
con que se honra esta ciudad.

Viendo, pues, daros la palma
de todo a todos, en calma
mi esperanza mal segura,
adoré vuestra hermosura,
y vuestra virtud, el alma.

Quedéme aquí con color
de estudiar, con que gané
de mis padres el amor,
y hasta a mi amigo obligué
que escogiese por mejor

la escolástica apariencia
a quien, amor reverencia,
más que galas arrogantes,
que Amor es dios de estudiantes
y su facultad ya es ciencia.

Seis meses ha que os molesta
con los medios que ha podido
el alma que os manifiesta
su amor, y no ha merecido
aun para morir respuesta.

A esta causa vine aquí
a informaros yo de mí,
que para pleitos de amor
no hay mejor procurador
que el procurar para sí.

Diez mil ducados heredo,
nobleza los acompaña
con que pretenderos puedo.
El nombre que me dio España
es don Luis de Toledo;

sólo para que me sobre
todo el bien, falta que cobre
mi dicha la mejor dita,
que es por dueño a Margarita
del alma; sin ella, pobre.

MARGARITA: Dejáisme tan obligada,
señor don Luis de Toledo,
cuanto imposibilitada
de pagaros, porque quedo
de otra obligación prendada.

Porque nunca he confesado
deudas, que es trabajo inmenso;
pero vos estáis culpado,
pues echasteis ese censo
antes de estar informado
si hay hipotecas en mí
con que pagaros, y así
perderá vuestro caudal
réditos y principal.

LUIS: Pues la libertad perdí,
que era la joya mejor,
ninguna me satisface.
Pero ¿a quién tenéis amor?

MARGARITA: Notable ventaja os hace.

LUIS: En dicha, si no en valor.

MARGARITA: En todo, y porque cobréis
sosiego y os consoléis,
sabed, señor don Luís,
que es Dios con quien competís.

LUIS: Luego ¿ser monja queréis?

MARGARITA: Aquéste ha de ser mi estado.

LUIS: ¿Habéis hecho voto?

MARGARITA: Sí.

LUIS: Pues ¿cómo no lo ha estorbado
vuestro hermano?

MARGARITA: Antes así
aseguró su cuidado,
que como falta el caudal
pará darme esposo igual,
y la nobléza no es prenda
que se estima sin la hacienda,
lleva Marco Antonio mal
el verme mal empleada,
y así a mi gusto se aplica.

LUIS; Pues ¿es justo, prenda amada,

que margarita tan rica.
en hierro viva engastada?

¿No es mejor engaste el oro,
pues por mi dueño os adoro,
de diez mil ducados?

MARGARITA: Ya
es imposible.

LUIS: ¿Será
de tanta estima el tesoro
con que Arabia se enriquece,
como el que vuestra hermosura
con vuestra virtud me ofrece?
¡Mal haya, amén, quien procura,
cuando casarse apetece,
dotes de hacienda y riqueza,
si la virtud y belleza
dan sus dotes al Amor,
pues sólo tienen valor
dotes de naturaleza!

MARGARITA: Mirad que dais que notar
aquí.

LUIS: ¡Volveos a secar,
esperanzas mal logradas!

MARGARITA: Palabras al cielo dadas,
¿quién las osará quebrar?

LUIS: ¿Quién? Una dispensación.

MARGARITA: ¿De religión? Será en vano.

LUIS: Pues, Amor, ¿no es religión?

MARGARITA: Visto nos ha el hortelano.
Tarde es; que os vais es razón.

Sale CARLOS, de hortelano

LUIS: Daros gusto determino,
si de una mano el divino
cristal me dejáis besar.

Tómale la mano y apártalos
CARLOS

MARGARITA: Daré voces.

CARLOS: ¡Ah, escolar!
¡Que pisáis el lechuguino!
Par Dios que nos dais la vida.
Quitaos, que echáis a perder
la hortaliza.

LUIS: Si perdida
mi esperanza vengo a ver
y seca antes que nacida,
¿qué importa?

CARLOS: ¡Buenas razones!
Tomad con tiempo la puerta,
porque en, tales ocasiones
está temblando la huerta
de escolares y gorriones.
¿Mas que si la quinta cierro
y voy a soltar el perro
que ese quillotro se os quita?

MARGARITA: Adiós.

LUIS: ¡Que tal margarita
guste de engastarse en hierro!

Vase don LUIS

CARLOS: ¿Qué es esto, esposa querida?

MARGARITA: Locas diligencias son,
dueño amado de mi vida,
de una vana pretensión,
como tal aborrecida.

CARLOS: ¡Gallardo español!

MARGARITA: Y extraña
locura la que le engaña
si cree que como ciudades
ha de rendir voluntades
la dicha y valor de España,
y más llamándoos la mía,
dueño suyo un año ha.

CARLOS: ¿Qué amante no desvaría,
y más si mirando está
la luz que ese sol le envía?

MARGARITA: ¿Cuándo, duque de Ferrara,
querrá la Fortuna avara,
sin que el peligro os asombre,
que en público os dé este nombre?
¿Cuándo saldrá la luz clara
de vuestra dicha, a pesar
de tantos negros nublados
que la intentan eclipsar?
¿Y hasta cuándo mis cuidados
han de temer y dudar
el poder gozar y veros
rotos los trajes groseros
con que anda otra vez sujeto
el desterrado de Admeto
entre toscos jardineros?

Por vuestro hermano menor
os veis, duque, desterrado
de Ferrara, que señor
os llamaba, y vuestro estado
da la obediencia a un traidor.

Cargos promete y hacienda
a quien os dé muerte o prenda,
y el vil interés, que ofusca
la razón, dicen que os busca
aunque la lealtad se ofenda.

Sola yo, que disfrazado
ante ese sayal os vi,
porque no andéis desterrado,
en vez de Ferrara os di
toda el alma en un estado.

Reináis sin pena o temor
de que os quite algún traidor
la posesión de mis bienes,
pues os ha dado en rehenes
mis pensamientos, Amor.

CARLOS: Margarita, muchas cosas
traigo de que daros cuenta,

tan nuevas como espantosas
para vos; estadme atenta,
que os han de ser provechosas.

¿No fue Filipo Gonzaga
vuestro padre, el que siguió
en bandos de Lombardía
la voz del emperador
Ludóvico de Baviera,
que siendo competidor
contra Federico de Austria
sobre el imperio bajó
a Italia, sin estorbarlo
el papa Juan veintidós,
que ayudaba a Federico?

MARGARITA: Mi padre le dio favor
contra el papa y contra el rey
Ludovico de Valois,
siguiendo los gibellinos;
pero caro nos costó,
pues muerto en una batalla
que en las riberas del Po
le dio el príncipe de Parma,
a quien entregó el bastón
de la iglesia el papa Juan.
Quedamos por su ocasión
sin patrimonio y hacienda;
y mi hermano, que señor
fue antes de tres ciudades,
despojado recogió
a Bolonia las reliquias
de su nobleza y valor,
conservándole cual veis,
de tal suerte, que hasta hoy
no ha podido hallar materia
contra él la murmuración.

CARLOS: Dejó; pues, a vuestro hermano
su noble progenitor
la enemistad que al de Parma
tuvo como en sucesión;

y consévala de suerte,
que el más ilustre blasón
con que se honra es de enemigo
de cuantos le dan favor.

MARGARITA: No es mucho que la venganza
precipite la razón,
pues perdimos por su causa
hacienda y reputación
y lo que es más, a mi padre,
pues dándosele a prisión
no quiso sino manchar
con su sangre su valor.
Pero bien nos ha vengado
el cielo, pues permitió
que el marques de Monferrato,
primo del Emperador
Federico, le quitase
a Parma, y que de temor
de su poder, él y un hijo
huyesen donde hasta hoy
no se sabe, habiendo un año
que, disfrazados los dos,
prueban la distancia que hay
de ser pobre a ser señor.
Mas, decidme, duque mío,
¿a qué propósito son
tantos trágicos sucesos,
que estoy puesta en confusión?

CARLOS: Todos estos, Margarita,
importan a nuestro amor,
medianero entre enemigos,
aunque de guerras autor.
Pero, decidme, si agora
el príncipe que mató
a vuestro padre se diese
a vuestro hermano a prisión,
olvidados sus agravios,
¿no le daría perdón,
a pesar de la venganza,
que es de tiranas blasón?

MARGARITA: Con ser mi hermano tan noble
sospecho, duque, que no,
que es ya en la naturaleza
la enemistad que heredó
contra el príncipe de Parma;
antes, de su inclinación
colijo que imitaría
con él mi hermano a Nerón;
por darle la muerte muere.

CARLOS: Margarita hermosa, y vos,
¿siguiérades su crueldad?

MARGARITA: No lo sé; dudosa estoy.
La venganza en las mujeres
es natural condición.
Perdí con mi padre mucho;
pero, viendo al matador
pedirme perdón humilde,
soy de tierno corazón
y sospecho que venciera
la piedad a la pasión;
mas ¿sabéis vos dónde está?

CARLOS: Sí.

MARGARITA: ¿Dónde?

CARLOS: Donde yo estoy
legítimo sucesor.

MARGARITA: ¿No sois duque de Ferrara?

CARLOS: Príncipe de Parma soy,
y vuestro esposo, en quien vive
vuestra injuria y mi afición.

De rodillas

Tomad venganza en el hijo
del padre que os ofendió;
pero advertid que antepone
el esposo al padre Dios
y que soy esposo vuestro.

MARGARITA: ¡Cielos! ¿Hay tal confusión?
¿Quién vio mezcla tan distinta

como agravios con amor?
Alzaos, príncipe, del suelo;
aunque sois el agresor
de mi injuria, corre ya
el peligro por los dos.
Un año ha que sois mi esposo,
cauteloso engañador,
como a príncipe os la doy;
que si el padre me quitaste,
para su satisfacción
prenda tengo en las entrañas
que os llamaré padre a vos.
Pero ¿cómo me engañaste?

CARLOS: Huíamos mi padre y yo
del Marqués de Monferrato
y del popular furor
que aclamando el gran poder
del injusto poseedor
al legítimo buscaba
para darle muerte atroz.
Fuése mi padre a Saboya,
su duque le dio favor,
y yo que en Venecia quise
pasar la persecución
de la Fortuna mudable,
disfrazado de pastor
entré en Bolonia una noche,
a tan dichosa ocasión,
que al salir de una carroza
que a vuestras puertas paró,
y a la luz de algunas hachas
vi la luz de aqueste sol.
Asomáronse a los ojos
el alma y el corazón,
para tener un buen día
entre tantos de rigor.
Pero apenas los vio en ellos
el travieso enredador,
alguacil de vagamundos,
cuando luego los prendió.

Quiso resistirse el alma;
mas ¿de qué defensa son
las fuerzas de un hombre solo
contra las fuerzas de un dios?
Enamorado y confuso
mandó juntar la razón
las potencias a consejo;
llevó al peligro el temor,
discurrió el entendimiento,
la memoria presentó
papeles en pro y en contra,
la desconfianza halló
una sierra de imposibles,
que para mi pretensión
sirvieron de espuelas
y alas; y por más que demostró
mi pobreza vuestro agravio,
el peligro y la ocasión
que daba a vuestra venganza
no huyendo, mi perdición,
al fin que no me ausentase
la voluntad sentenció,
que no tiene qué perder,
como anda desnudo, Amor.
Conocióme un jardinero
viejo, de quien fui señor
en Parma y cultiva ahora
esta quinta, en que cifró
la Fortuna vuestra hacienda;
su lealtad me dio favor;
el deseo, atrevimiento;
mi diligencia, ocasión
para contaros mis penas,
que fue, bien lo sabéis vos,
al borde de aquesta fuente,
junto de este cenador.
Fingí ser el de Ferrara,
a quien su hermano menor,
como a mí el de Monferrato,
de su estado despojó.

Pues si verdad os dijera
nunca llegara a sazón
mi esperanza, que no crece
sobre agravios el amor.
Hallé la correspondencia
en vos, que me prometió
vuestra apacible hermosura,
y como amor es unión
de las almas, de tal suerte
su yugo nos enlazó,
que una sola está en dos cuerpos,
si aun en esto hay división.
De esta suerte nos gozamos
hecho jardinero yo
del pensil de esa hermosura,
de cuya primera flor
la astuta naturaleza,
como divino pintor,
quiso en una sola imagen
retratarnos a los dos.
Un hijo me prometéis,
y ya aguardándole estoy,
que son prendas que amor labra
para su conservación;
al secreto y la ventura
convidando estaba hoy
para el parto que se acerca,
Dios mitigue su dolor,
cuando el viejo jardinero
diciendo a voces llegó,
"Albricias, Carlos ilustre,
vuestra desdicha cesó.
El príncipe, vuestro padre,
siendo el duque intercesor
de Saboya, goza ya
de Parma la posesión.
Julio viene en vuestra busca
y es alegre embajador
de estas venturosas nuevas;
él os lo dirá mejor."

Fue Julio mi camarero,
y en lealtad y valor
otro Zópiro con Dario
y otro Pitias con Damón.
Loco, pues, de haberme visto,
me dijo, "Deja, señor,
el tosco metamorfosis
que disfraza tu valor.
El marqués de Monferrato
y tu ilustre padre son
amigos, y en parentesco
sus bandos traban los dos;
su hacienda toda y estado
le ha vuelto, con condición
que con Claudia, su heredera,
te cases."

MARGARITA: ¿Con quién? ¡Ay Dios!

CARLOS: Sosegad, mi Margarita,
que siendo mi esposa vos,
yo cristiano y caballero,
en balde es vuestro temor.
Vuestro hermano Marco Antonio
ha sentido nuestro amor,
y pienso que ha sospechado
a lo que vine y quién soy.
Ausentarme es de importancia,
y tomar la posesión
de Parma condescendiendo
con la puesta condición.
Que una vez fortalecido
y en mi estado, verá amor,
a pesar de toda Italia,
cuál cumplí mi obligación..

MARGARITA: ¿Cómo, príncipe? ¿Y es justo
que en la boca del león
dejéis a vuestra cordera
cuando os hago mi pastor?
Decís que mi hermano tiene
sospechas de que el ladrón
de su honra y de mi gusto

es su enemigo mayor,
¿y en sus manos me dejáis?
Mirad, cuando por mí no,
por el fruto de quien fuisteis
a mi costa labrador.
¿Quién duda que en mí y en él
ejecutará el rigor
de su cólera mi hermano,
teniendo la culpa vos?
Libranzas dais a la ausencia
que jamás deudas pagó
de amor si no con olvido,
moneda vil de vellón.
Puerta abrí al interés
de la libertad, señor;
a otra dama dais audiencia,
cabellos a la Ocasión.
No, Carlos, con vos he de ir,
o morir aquí con vos;
seré sepulcro yo misma
de quien madre infeliz soy.
Dénos mi hermano la muerte,
vengue su injuria en los dos,
pues los dos habemos sido
los prodigios de su honor.
¡Hola, gente; hola, criados!
¡Ah, Marco Antonio; ah, señor!
Aquí está vuestro enemigo;
vengaos, que os hace traición.

CARLOS: Basta, esposa de mis ojos;
parad la enojada voz;
nunca mi padre me vea;
nunca vuelva a Parma yo;
no soy su príncipe ya,
sólo vuestro esposo soy;
más quiero ser jardinero,
gozándoos, que emperador.
Pero ¿cómo evitaremos,
de vuestro hermano el furor
que nos está amenazando?

MARGARITA: Ausentándonos los dos.

CARLOS: ¿Adónde?

MARGARITA: Carlos, a Parma.

CARLOS: Tengo del marqués temor,
pues, despreciando a su hija
y conociendo quién sois
hará alguna crueldad.

MARGARITA: Jardinero y labrador
dentro en mi casa habéis sido;
jardinero seré yo,
Carlos, en vuestro palacio,
que no es de menos valor
mi amor que el vuestro.

CARLOS: Alto, pues,
a buscar a Julio voy
para que el rústico traje
os traiga; vendré por vos
a media noche.

MARGARITA: ¿Habrá falta?

CARLOS: Antes la hará al cielo el sol.

MARGARITA: ¿No me olvidaréis?

CARLOS: Jamás.

MARGARITA: ¿Sois mi esposo?

CARLOS: Vuestro soy.

MARGARITA: ¿Iréisos sin mí?

CARLOS: No puedo..

MARGARITA: ¿Lleváisme?

CARLOS: En el corazón.

MARGARITA: Dudando quedo.

CARLOS: ¿De qué?

MARGARITA: Sois hombre.

CARLOS: Tengo valor.

MARGARITA: ¡Ay, mi Carlos!

CARLOS: ¡Ay, mi bien!

MARGARITA: Adiós, [esposo mío].

CARLOS: Adiós.

*Vanse. Sale MARCO Antonio con una daga desnuda Y
PEYNADO, jardinero viejo*

MARCO: [-ame]
..... [-onda]
¿Quieres que esconda
en aquese pecho infame
hasta la cruz esta daga?

PEYNADO: No, señor, por el lechón
que está junto a San Antón
y así buena pro le haga,
tras el torrezno y la polla
la olla del mediodía,
pues dice la mujer mía
que después de Dios la olla,
que envaine y no me pescude
más de lo que he confesado.
Al príncipe disfrazado
encobrí aquí cuanto pude,
porque, en fin, comí su pan;
no imaginé yo que hacía
en esto bellaquería.
Si quillotrados están
los dos, ¿en qué yo he pecado?

MARCO: ¿Tú sabes si fue liviana
con el príncipe mi hermana?

PEYNADO: ¿Liviana? ¿Hela yo tomado
a cuestras? Bien gorda está.
Yo comprara de su espeso
un lechón.

MARCO: Que no digo eso,
villano, ni excusará
tu muerte el disimular.
Si lo niegas--¡vive Dios!--
que has de pagar por los dos.

PEYNADO: ¿Por qué lo he yo de pagar
si no lo sé? ¿Só adivino?

MARCO: ¡Oh, infame! ¿Mentirme tratas?

PEYNADO: ¡Válganme las cuatro patas
del caballo de Longino!
¿Diz que tengo de decir
lo que no he visto, ni sé,

sin por qué ni para qué?
MARCO: ¡Vive Dios que has de morir,
 disimulado traidor,
 si no dices la verdad!

Cógele de los cabezones

PEYNADO: Yo hablaré con claridad;
 suelta el pescuezo, señor.

MARCO: ¿Gozó el príncipe a mi hermana?

PEYNADO: ¿Pues puédolo yo saber?

 ¿No se habían de esconder
 los dos de mí? Cosa es llana.

 Si habran o son amigos
 ni lo he visto ni lo pienso,
 que no es testamento o censo
 para herlo ante testigos.

 Mijor de aquesas congojas
 te sacará el cobertor
 de este verde cenador,
 pues hechos ojos sus hojas
 quizá ves el cuándo y cómo
 saben en qué remedaban
 la tórtola y se arrullaban,
 hecho Carlos el palomo
 y ella la paloma boba

.....

.....

..... [-oba]

 Que a pesar del verdugado
 [-ones];
 que es en estas ocasiones
 de amor, el monte ha colmado,
 ¿qué buscas si lo ves?

MARCO: Basta,
 que mi enemigo mayor
 ha triunfado de mi honor
 y que no es mi hermana casta.
 Basta, que estando privado

por él de padre y de hacienda
una sola joya y prenda
que el cielo me había dejado,
que es la honra de Margarita,
ésa me vino a robar.

Pues ¿qué remedio? quitar
la vida a quien honras quita.

Su padre ha cobrado a Parma;
si mano a mi hermana ha dado
de esposo, y con tal cuñado
Amor a Marte desarma,
no es justo mi enojo y furia;
mas, sí, que la sangre clama
de mi muerto padre y llama
a la venganza la injuria.

No le trajo aquí el amor
a Carlos; ni es su trofeo
el disfraz, sino el deseo
de dejarme sin honor.

Ya le han picado sus pies;
pues ¿quién me persuadirá
que a mi hermana antepondrá
a la hija del marqués

que a Parma le restituye,
si casándose con ella
goza estado y mujer bella
y a mí me afrenta y destruye?

Pues a la venganza cuadre
su muerte, que es medio sabio;
satisfágase mi agravio,
vénguense mi honra y padre,

muera mi hermana con él
antes que saque contenta
a luz su hijo y mi afrenta,
que no han de mezclarse en él

mi sangre y del homicida,
pues mal las sangres podrán,
que tan contrarias están
dar juntas a un cuerpo vida.

De noche es; Carlos está

ignorante de que sé
quién es; vengarme podré,
pues, como suele, vendrá
a verle mi loca hermana,
y de un golpe hará el castigo
venganza en un enemigo
y en una mujer liviana.

Éste es bien que vivo esté
para el secreto y recato
por hoy, porque si le mato,
la quinta alborotaré
y Carlos huirá seguro;
pero ha de estar encerrado,
no le diga que me ha dado
cuenta de todo.

PEYNADO: Yo juro
ser desde hoy hombre de bien
si de esta trampa me escurro.

MARCO: Ven conmigo.

PEYNADO: Tengo al burro
andando la noria.

MARCO: Ven.

PEYNADO: Quiero ir a regar los nabos.

MARCO: Sígueme, no tengas miedo.

PEYNADO: (Ya empiezo a decir el credo; **Aparte**
mal huelo por todos cabos.
¡San Panuncio, San Benito!)

MARCO: ¡Ea!

PEYNADO: (Él me despachurra. **Aparte**
Así le ayude la burra
en que la Virgen fue a Egipto,
que me deje her testamento
y luego me matará.)

MARCO: ¡Villano, acabemos ya!

PEYNADO: Señor, por el monumento,
por la tumpa y el guisopo,
por la lámpara y su luz,
por la manga de la cruz
y por todo cuanto topo
cuando ando a oscuras,

que tenga mancilla de este cuitado,
que no hallará otro Peynado
si una vez enviuda Menga.

MARCO: Yo te aseguro la vida
porque fuiste a tu señor
leal. Ven, no hayas temor.

PEYNADO: El alma tengo escorrida
de miedo; aquesto es verdad.

MARCO: ¿No vienes?

PEYNADO: ¿Hay mayor susto?

MARCO: ¡Ea!

PEYNADO: Ya vamos, que es justo
que hagamos su voluntad.

*Vanse. Salen don DIEGO, de estudiante, y doña
ELENA, también de estudiante*

DIEGO: ¡Jesús, Jesús!

ELENA: En Dios creo,
aunque traigo el alma en pena.
¿Que os santiguáis?

DIEGO: Doña Elena,
¿vos con sotana y manteo?
¿Vos desde Toledo aquí,
en Bolonia y en escuelas?

ELENA: Calzóme Amor las espuelas,
¿qué mucho que vuele así?

DIEGO: ¿Una mujer como vos,
de tal valor y linaje,
en Italia y en tal traje?

ELENA: Hazañas son de Amor dios;
¿qué os espanta?

DIEGO: Lo que escucho
y lo que veo.

ELENA: O sois loco,
o no sabéis que ama poco
quien amando no hace mucho.
Don Diego, un mes hace curso
las escuela de los celos,

dando penas y desvelos
liciones a mi discurso.

Y en un mes que he estado aquí,
haciendo en vez de liciones
locas averiguaciones
que han salido contra mí,
no os he hablado ni he querido
darme a conocer. Ya sé,
si amor en don Luis sembré;
que vengo a coger olvido.

Quísole el alma ofrecer
la libertad que negó
que, como avaro, dejó
de tomar por no volver.

Vinose huyendo de mí,
a Italia; mas, como amor
crece en brazos de un rigor,
disfrazada le seguí,
atropellando mi fama
hasta aquí; donde he sabido
que pretende, aborrecido,
aborreciendo a quien le ama.

Y como juntos vivís
y sois un alma los dos,
esperando que por vos
ha de pagar don Lúís
mi amor constante, he querido
darme, en fin, a conocer
sólo a vos; yo vengo a ser
vuestro paje, y lo que os pido,
por la nobleza española
con que vuestro nombre honráis,
es que a nadie descubráis
quién soy; que esta traza sola,
si me ayuda la Fortuna,
hará, con vuestro favor,
que don Lúís tenga amor
a doña Elena de Luna.

DIEGO: ¡Alto! No hay aconsejaros;
que sois amante y mujer,

que habéis sabido querer
y sabéis detérminaros.

Vuestro amor es tan constante
que cualquier favor merece.
A don Luis no pertenece
una mujer de diamante;
y aunque bella y principal,
pobre; y cuando se ablandase,
no es bien que don Luis se case
fuera de su natural.

Un año ha que estoy por él
envuelto en aqueste luto,
oyendo textos sin fruto.

Sale don LUIS

- LUIS: Prevénme casco y broquel.
DIEGO: Éste es.
ELENA: Di que de Toledo
 soy y que a servirte vine.
DIEGO: ¿No será mucho que atine
 quién eres?
ELENA: No tengas miedo,
 que me ha visto pocas veces,
 y siempre lo aborrecido
 engendra en el alma olvido.
DIEGO: Divinamente pareces
 de estudiante.
ELENA: No es mal trueco
 el que he hecho.
DIEGO: ¡Bello traje!
 ¿Quién diré que eres?
ELENA: Tu paje.
DIEGO: ¿Y llamaréte?
ELENA: Pacheco.
LUIS: ¡Oh, don Diego de Mendoza!
DIEGO: Salir querrás ya a rondar.
LUIS: A lo menos adorar
 la casa que a mi sol goza.

¡Ay, don Diego, sentenciado
vengo a muerte!

DIEGO: ¿Qué delito
has hecho?

LUIS: Amar infinito
a Margarita.

DIEGO: ¿Hasla hablado?

¿Mostrósete desdeñosa?

¿Reprendió tu libertad?

¿No hizo su honestidad
la empresa dificultosa?

¿Mas que te dijo con talle
severo, hecha otro Narciso,
"Mira, Zaide, que te aviso
que no pases por mi calle?"

Por lindo modo te encanta,
para cogerte después,
donde no te irás por pies.

LUIS: ¿Qué dices, que es una santa?

DIEGO: ¿Santa? Bueno, hazla un altar.

LUIS: ¡Plugiera a Dios que quisiera
ser mi esposa!

ELENA: (¡Ay, rabia fiera! **Aparte**
¿esto venir a escuchar?)

LUIS: Mas tan desdichado he sido
que quiere encerrar mis quejas
entre paredes y rejas.

DIEGO: ¿De qué modo?

LUIS: Ha prometido
ser monja.

ELENA: (¡Albricias, Amor, **Aparte**
que ésta nueva os resucita!)

DIEGO: Restituyo a Margarita
la opinión de su valor;
estado ha escogido al doble
honroso, que un monasterio
es ilustre cautiverio
y cárcel de gente noble.

Mudad gusto.

LUIS: ¿Cómo puedo?

DIEGO: No es bien competir con Dios.

LUIS: ¿Quién es el que está con vos?

DIEGO: Un muchacho de Toledo
que el deseo de estudiar
y verme le traen aquí.

LUIS: ¿Es de vuestra casa?

DIEGO: Sí.

LUIS: ¿Cúyo hijo?

DIEGO: De Aguilar,
de mi padre gentilhombre.

LUIS: ¡Buen talle!

DIEGO: ¡Maravilloso!

LUIS: ¿Y el ingenio?

DIEGO: Milagroso.
Pacheco tiene por nombre.

ELENA: ¿Qué manda vuesa merced?

DIEGO: Pacheco, que conozcáis
a don Luis y le sirváis
como a mí.

ELENA: Mucha merced
recibiré que en su gusto
me emplee.

LUIS: ¿Habéis estudiado?

ELENA: Gramática he comenzado,
aunque con algún disgusto.

LUIS: ¿En qué andáis?

ELENA: "Amo, Amas."

LUIS: ¡Buen verbo! ¿Y ha mucho?

ELENA: Sí.
no puedo salir de aquí.

LUIS: Son laberintos sin llamas.
¿Pues sabéis ya declinar?

ELENA: ¡Plugiera a Dios lo ignorara,
porque si no declinara,
ya supiera conjugar!

LUIS: Decid, pues, esta oración,
"Yo amo a Dios."

ELENA: Es mentirosa,
porque amándole a su esposa,
no le amáis y hacéis traición.

LUIS: Bachiller me parecéis.
ELENA: Y aun licenciado.
LUIS: Decid,
"yo amo."
ELENA: Aqueso sí; oíd,
y que la acierto veréis
sin temor de solecismo.
LUIS: Donaire tiene por Dios.
ELENA: Va, *ego amo*.
LUIS: ¿A quién?
ELENA: A vos.
LUIS: ¿A mí amáis?
ELENA: A vos mismo,
que sois mi dueño y señor.
DIEGO: Su lealtad os ha obligado,
que como es vuestro criado,
es razón que os tenga amor.
LUIS: ¿Mi criado?
DIEGO: Si lo es mío,
vuestro lo ha de ser también.
LUIS: Desde aquí lo quiero bien.
ELENA: En esa palabra fío.

*Sale CALVETE, gorrón, con espada y
broquel*

CALVETE: *Accipe et tiniebunt gentes.*
Con el broquel sufridor
no traigo el casco, señor.
Los tuyos son suficientes.
LUIS: Pues ¿por qué?
CALVETE: La ley lo veda,
que estando el tuyo vacío
ponerte otro, señor mío,
será seda sobre seda.
LUIS: Ven, conmigo, impertinente.
CALVETE: ¿Salimos ya a bobear?
DIEGO: ¿Aguardámoste a cenar?
LUIS: Sí.

DIEGO: ¿A las cuántas?
CALVETE: A las veinte.
LUIS: Luego vendré.
CALVETE: Cuando el día,
 el alba enrubia el copete.
DIEGO: ¿No iré en lugar de Calvete
 mejor yo en tu compañía?
LUIS: Ya sabes mi condición.
DIEGO: No te quiero replicar.
CALVETE: Estrellado he de cenar.
LUIS: ¿Qué hora es?
CALVETE: Las once son.

Vanse LUIS y CALVETE

ELENA: A idolatrar las paredes
 de su Margarita va.
DIEGO: Si determinada está
 de entrarse monja, bien puedes
 asegurar tus recelos.
ELENA: Ven, sabremos cómo llora
 desdenes de la que adora
 y ayudaránle mis celos.
DIEGO: Si es tu gusto, enhorabuena.
ELENA: Amor loco, yo por vos
 y vos por otro.
DIEGO: Y--¡por Dios!--
 que lo estás tú, doña Elena.

Vanse. Salen don LUIS y CALVETE

CALVETE: ¿Qué diablos has de sacar
 de andar cargado de hierro,
 dando en que entender a un perro
 que nos comienza a ladrar;
 hecho cedulón de esquina,
 pisando bastardo barro,

puesta la vista en el Carro,
las Cabras y la Bocina,
mientras se acuesta despacio
quien esa pena te da,
y más sabiendo que está
tomada para palacio?

Si ha de ser monja, ¿de qué
te ha de servir el rondarla,
suspirar y enamorarla?

LUIS: ¿Comienzas ya? Déjame.

CALVETE: Si a un torno y reja ha hecho voto,
¿qué provecho sacas de esto?
Pero vendrás ya dispuesto
a ser su negro devoto.

Y escogiendo el bobo estado,
que caro te ha de costar,
querrás desde hoy comenzar
el año del noviciador.

Un amigo tuve yo
que estuvo malo en España
de esta contagión extraña.

LUIS: ¿Cómo?

CALVETE: A una monja sirvió
hecho mula de retorno,
pechero de una andadera,
paciente de una portera
y majadero de un torno;
que al cabo de deseallo,
más que verse libre un preso,
sin ser la monja de queso,
se la daban por un rallo.

LUIS: Déjate de disparates,
y ¿qué hará mi ingrata, di?

CALVETE: Una albarda para ti
con estribos y acicates.

LUIS: ¡Ah, necio!

CALVETE: A lo moscatel
amas; quizá es su ejercicio,
como andas en su servicio,
el estar ahora en él

despachando piovisiones
para quien sus puertas pasa.

*Sale a la puerta FABIA, criada, con una criatura
envuelta*

LUIS: ¡Vive Dios!

CALVETE: La de su casa
abrieron; si te dispones
a saber quién entra o sale,
llega; mas mira por ti.

LUIS: ¿La puerta han abierto?

CALVETE: Sí.

LUIS: ¡Válgame Dios!

CALVETE: Ya te vale.

LUIS: A tal hora es novedad
en tan recogida casa
abrir puertas.

FABIA: Ce, ¿quién pasa?
¿Sois el príncipe? Llegad.

LUIS: Calvete, príncipe dijo.

CALVETE: Es verdad, príncipe oí.

LUIS: ¡Ay, cielos!

CALVETE: Dile que sí.

LUIS: El príncipe soy.

FABIA: Un hijo
os ha dado Margarita
que a Narciso se adelanta.

LUIS: ¡Hijo! ¿Cómo?

CALVETE: ¡Oh es una santa!

LUIS: ¡Jesús!

CALVETE: ¿Ésta es la bendita,
la monja, la recogida?
Pero bien se recogió.

FABIA: No ha un instante que parió
con peligro de la vida.

Pero el cielo soberano
tan pròpicio nos ha sido,
que en el jardín ha parido

sin saber nada su hermano.

Ha fingido un accidente,
y ahora en la cama está.
Lo propuesto estorbará
por hoy este inconveniente;
mas presto os veréis los dos
en vuestro estado y sin pena.

CALVETE: ¡Linda monja!

FABIA: Gente suena;
tomad, príncipe, y adiós.

Vase

CALVETE: ¿Qué te ha dado?

LUIS: La criatura.

CALVETE: Bueno; a quien hizo el cohombro
di que se le eche en el hombro.

LUIS: ¡Jesús! ¿Duerme por ventura?

CALVETE: No se durmió la señora.

LUIS: Loco estoy de pena y celos;
¡Jesús, Margarita, cielos!

CALVETE: ¿Qué habremos de hacer ahora?

LUIS: Dar finiquito a mi amor.

CALVETE: ¿No la has de amar?

LUIS: ¿Cómo puedo
si desengañado quedo?

Miremos por el honor
de Margarita, Calvete,
que al fin la he querido bien.

A buscar una ama ven.

CALVETE: De amante te hizo alcahuete.

LUIS: Mañana quién es sabré
este príncipe encantado
que en costas me ha condenado,
y el hurto le volveré.

CALVETE: El ama le criará
que nos sirve.

LUIS: ¿Está parida?

CALVETE: ¿Eso ignoras, por tu vida?
Parida y preñada está.

LUIS: Pues bien viene.
CALVETE: ¡Qué bonito
 parece el chico!
LUIS: Cesó
 mi amor.
CALVETE: ¡Ajó, niño, ajó!
 Llamaráse Margarito.

Vanse

FIN DE LA JORNADA PRIMERA

JORNADA SEGUNDA

*Salen don DIEGO como de noche, y doña
ELENA*

DIEGO: La calle es ésta, y aquélla
su casa.

ELENA: Buena, en verdad.

DIEGO: Con haber en la ciudad
tantas, ésta es la más bella.

ELENA: El estar en arrabal
disminuye su valor.

DIEGO: No es por aqueso peor.

ELENA: No está en calle principal.

DIEGO: No, pero es más provechosa.

ELENA: Mas ¿cómo?

DIEGO: Demás de estar
dentro y fuera del lugar,
esta huerta deleitosa
la hace más excelente,
que es gran cómodo el poder
en una ciudad tener
casa y quinta juntamente.

ELENA: Ya sé que se llama ésta
porque no me satisfagas,
la quinta de lcs Gonzagas;
mas, si según manifiesta
la fama, su dueño pasa
pobreza, di que la venda,
que siempre la poca hacienda
se corre en la grande casa.

DIEGO: No ha de obligar la pobreza,
por grande que venga a ser,
a que uno llegue a vender
el solar de la nobleza.

Y aunque hecha comparación

con la hacienda y el estado
que tuvo antes ha quedado
pobre, según la opinión
del vulgo, más rico queda
el rico cuando empobrece
que el pobre cuando enriquece.

ELENA: Para que quedarlo pueda,
empeñe esta Margarita
que me da tanto pesar.

DIEGO: Vender si, mas nó empeñar,
que no es prenda que se quita
la mujer, antes con ella
dan dineros.

ELENA: Mucho tarda
don Luis.

DIEGO: Como no aguarda
su dama ni ha de vencella
con servirla y pasealla,
quizá se hartó de rondar
y dio la vuelta a cenar.

ELENA: La huerta han abierto, calla.

DIEGO: ¿Mas si le hubieren cogido
a don Luis entre dos puertas?

ELENA: Mis desdichas fueran ciertas.

DIEGO: Una mujer ha salido
sola.

ELENA: Dama debe ser
de Marco Antonio.

DIEGO: No es hora
de salir damas ahora.

ELENA: Pues ¿cuándo?

DiEGo. Al amanecer
salen muchas de aventura,
que, como sobras de cena,
las mañanas; doña Elena,
las echan con la basura.

ELENA: ¿Hate sucedido a ti?

DIEGO: No sé; cuando no hay solomo,
mozo soy, de todo como.

Sale MARGARITA con manto

MARGARITA: ¿Dónde iré, triste de mí?
¿Si habrá el príncipe venido?
Gente por la calle pasa.
¿Qué he de hacer? Volverme a casa
no es posible, que ha sentido
mi hermano mi liviandad,
y dar esta noche intenta
fin a mi vida y su afrenta.
¡Tened, cielos, piedad
de mi vida!

ELENA: Consultando
está por dónde ha de ir.

MARGARITA: El temor me fuerza a huír,
y el honor está dudando.
Volveréme.

DIEGO: Reina mía,
si estar indeterminada
es a falta de posada
mientras sigue el alba el día,
en la nuestra está la cena
con ánimo de aguardar
convidados.

MARGARITA: ¡Qué a escuchar
venga aquesto!

DIEGO: Doña Elena,
¡qué bien huele, pesia tal!

ELENA: Sí; pero no siempre suele
oler bien quien siempre huele.

DIEGO: Así lo dijo Marcial.
¿No merecemos respuesta?

Da voces

MARGARITA: ¡Ah Príncipe! ¡Ah Carlos!

ELENA: ¡Paso!

DIEGO: ¿Príncipe? ¡Notable caso!

ELENA: Mujer principal es ésta.

Volverme será mejor.

DIEGO: ¿Qué teméis, señora mía?

MARGARITA: Alguna descortesía.

DIEGO: Gente somos de valor.

MARGARITA: Pues mostradle en no impedir
mi camino.

DIEGO: Andad con Dios,
aunque llevando a los dos
más segura podréis ir.

MARGARITA: El peligro considero
qué llevo de noche y sola.
¿Qué gente sois?

DIEGO: Española.

MARGARITA: ¿Sois noble?

DIEGO: Soy caballero.

MARGARITA: ¿De qué reino?

DIEGO: De Toledo,

MARGARITA: ¿Y qué apellido?

DIEGO: Mendoza.

MARGARITA: Gracias al cielo que goza
tan noble amparo mi miedo.
Si el valor y la piedad
nobles atributos son
que ensalzan vuestra nación,
Mendoza ilustre, jurad
por la fe de caballero
que mi honor irá seguro
en vuestro amparo.

DIEGO: Sí, juro.

MARGARITA: Que lo cumpliréis espero.
Venid, pues.

DIEGO: ¿Dónde?

MARGARITA: No sé.

DIEGO: ¿Qué lleváis?

MARGARITA: Mi triste suerte.

DIEGO: ¿De quién huís?

MARGARITA: De la muerte.

DIEGO: ¿Quién sois?

MARGARITA: Después lo diré,
que corre mi vida aquí

mucho riesgo.

DIEGO: En mi posada
segura estaréis y honrada.

MARGARITA: (¡Ay, Príncipe!) **Aparte**

DIEGO: ¿Vamos?

MARGARITA: Sí.

Vanse don DIEGO y MARGARITA

ELENA: Llevósele por lo honrado.

Dios ponga tiento en su amor,
que no es todo sino olor
a oscuras y rebozado.

Aunque si por la apariencia
el juicio se ha de hacer,
muestras ha dado de ser
de más prendas que prudencia.

A un príncipe pidió ayuda,
que Carlos después llamó,
y al ver de dónde salió
me ha puesto en notable duda.

Pero ejemplo tiene en mí
cualquiera amorosa hazaña,
pues a Italia desde España
don Luis me trae así.

Por aguardarle si acude
aquí donde pierde el seso,
no voy a ver el suceso,
de esta dama; Amor la ayude
si ha sido autor de sus penas,
que teniendo que llorar
tantas yo; mal podré dar
oídos a las ajenas.

*Salen don LUIS y CALVETE, como de
noche*

LUIS: ¿Que estaba parida el ama?

CALVETE: ¿No lo has visto?

LUIS: ¿Hay tal ventura?

Por el bien de la criatura
la perdono.

CALVETE: ¡Oh, cómo mama

el chicote! Mas ¿a qué
volvemos a este lugar?

¿Es por ventura a buscar
otra cría que nos dé
en que entender?

LUIS: El deseo

de conocer, si es posible,
este príncipe invisible,
ya que sus efectos veo,
me saca fuera de mí
y de mi casa a tal hora.

CALVETE: ¿Sabes tú si vendrá ahora?

LUIS: Si le esperaban aquí
a cosa que importa tanto,
¿quién duda que acudirá?

CALVETE: ¿Has de acuchillarle?

LUIS: ¡Ya
cesó mi amoroso encanto!
El fue mejor negociante
y más dichoso que yo.
Si la cátedra llevó
que pretendí por vacante,
¿qué he de hacer?

CALVETE: Bien lo imaginas,

aunque burla es, y no leve,
que él la cátedra te lleve
y tú pagues las propinas.

Ya parece que nos llama
otra mujer y nos da
otro niño que criará
a tu costa en casa otra ama;
y así puedes poco a poco,
si lo sufre tu caudal,
hacer tu casa hospital
de expósitos.

LUIS: Calla, loco.
CALVETE: Harto más lo es quien procura
andar como tú, perdido,
pues rompiendo otro el vestido
te ha echado a cuestras la hechura.
Vamos a cenar, señor.
ELENA: Dos hombres vienen. ¿Si acaso
es éste el príncipe?
CALVETE: Paso,
que está tu competidor
a las puertas de tu dama.
LUIS: Dices la verdad; éste es
el príncipe.
CALVETE: Llega, pues.
LUIS: Antes quiero ver si llama
a la puerta.
ELENA: Hablarle intento.
CALVETE: Acá se acerca, señor.
Hablarle será mejor.
LUIS y ELENA: ¿Sois el príncipe?
CALVETE: ¡Buen cuento!
¡Válgate la maldición
por príncipe tan buscado!
O es duende o está encantado.
ELENA: Don Luis y Calvete son.
LUIS: ¿Es Pacheco?
ELENA: Señor, sí.
LUIS: ¿Y don Diego?
ELENA: Una aventura
gozar en casa procura.
LUIS: ¿Y qué haces tú solo aquí?
ELENA: Obligo cierto respeto.
LUIS: ¿Tuyo?
ELENA: ¿No soy yo persona?
CALVETE: Para hacerle una mamona.
ELENA: Soy solícito y secreto,
y por esta causa espero
ser venturoso en amores.
CALVETE: Todos salen bailadores
en cas del tamborilero.

Tenemos el amo amante,
por fuerza habemos de amar;
desde hoy me echo a enamorar,
pues tú eres disciplinante.

LUIS: ¿Qué príncipe imaginaste
que era yo cuando me viste?

ELENA: El mismo que tú entendiste
que era yo cuando me hablaste.

LUIS: ¿Conócesle?

ELENA: Yo en mi vida
le eché paja.

CALVETE: O se ha escondido,
o algún diablo se ha metido
príncipe.

ELENA: Salió afligida
de esa casa una mujer
de bravo talle y olor;
tuvo de vernos temor,
y queriéndose volver,
llegó don Diego, ofreciéndola
a lo tierno su posada,
peró gritó alborotada,
"¡Ah príncipe! ¡Ah, Carlos! ¡Hola!"
Sosegámosla los dos,
y paró en fin en sosiego
en llevársela don Diego
a casa.

CALVETE: ¡Bueno, por Dios!

LUIS: Calvete, ¿si es Margarita?

CALVETE: ¡Jesús! ¿Eso has de decir?
¿Tal mujer ha de salir
de noche, y sola? Bonita
es ella; alguna criada
al príncipe fue a buscar
que se debió de pagar
del convite y la posada,
y envidiosa por ventura
de lo que con su ama pasa,
querrá encuadernar en casa
con don Diego otra criatura;

no hay siño cunas y a ello,
que llueven muchachos hoy.

LUIS: ¿Quién será? Confuso estoy.

CALVETE: En casa puede sabello.

LUIS: Bien dices. ¡Ay, cielos,
si tengo en ella a mi bien!

CALVETE: Un hombre viene; detén
el paso.

ELENA: (Ya tengo celos **Aparte**
de este demonio o mujer.
¿Si és Margarita? ¡Ay de mi!)

Sale don DIEGO

DIEGO: ¿Si hallaré al príncipe aquí?
Mas éste debe de ser.

¿Sois el príncipe, señor?

CALVETE: Otro buscón de aventuras.

¿Qué príncipe es éste a oscuras,
qué brujo o que encantador?

DIEGO: ¡Don Luis!

LUIS: ¿Es don Diego?

DIEGO: ¡Bueno!

Dadme albricias.

LUIS: ¡Ay, amigo!

¿Qué te he dar si contigo
tienes el alma?

CALVETE: El sereno
que pasamos.

LUIS: Mas ¿que sé?

¿De qué a pedírmelas vienes?

DIEGO: ¿De qué?

LUIS: A Margarita tienes
en casa.

DIEGO: Tarde llegué.

¿Quién te lo ha dicho?

LUIS: Mis celos,
que infiernos en mí se llaman.
Cuéntame el cómo.

DIEGO: Los que aman
 siembran gusto y cogen duelos.
 ¿No sabes en qué ha parado
 la monja?

LUIS: Ya he sabido
 que ha parado en que ha parido.

CALVETE: Las cabras nos han echado;
 en casa el muchacho está.

DIEGO: ¡Válgame Dios!

LUIS: Hallé abierta
 esta encubridora puerta,
 poco más de una hora habrá;
 asomóse una criada
 con un niño, y como vio
 que pasábamos, llamó;
 llegué, el alma alborotada,
 y oyéndome preguntar,
 "¿sois el príncipe?" Que sí,
 celoso la respondí.
 "Gracias, dijo, podéis dar
 a Dios, de que ya tenéis
 un hijo que a Margarita
 y a vos en belleza imita;
 y porque os aseguréis
 de todo punto los dos,
 Marco Antonio está ignorante
 de todo." Dióme el infante
 y cerró con un adiós.
 ¿Qué os parece?

DIEGO: ¡Caso extraño!

LUIS: Al ama, en fin, se la di,
 qué está parida.

DIEGO: Eso sí,
 no será estéril este año.
 ¿Y habéis sabido quién es
 el príncipe?

LUIS: Ya estuviera
 en casa si lo supiera;
 eso aguardo.

DIEGO: Vamos,,pues,

que yo os quitaré el deseo.

LUIS: ¿Cómo? ¿Conocéisle vos?

DIEGO: Muy bien.

CALVETE: ¡Bendito sea Dios
que cumplir tu antojo veo!

DIEGO: Carlos, príncipe parmés,
os ganó la bendición,
y es esposo, en conclusión,
de Margarita. Después
sabréis lo que ha sucedido.

LUIS: Pues ¿no estaba desterrado?

DIEGO: De hortelano disfrazado
ha un año que es su marido;
y esta noche que parida
estaba, huyó con temor
de ver que sabe su amor
su hermano, y puso su vida
y su honra en mi poder.
En mi casa deposita
amor vuestra Margarita;
vamos, si la queréis ver.

LUIS: ¿Príncipe era el hortelano?
Con tan gran competidor
temerario fue mi amor.
El apetito villano
persuade al pensamiento
mil quimeras, que no sé
si resistirlas podré,
don Diego, si está al sediento
brindando el arroyo claro,
si puede vivir el muerto,
si el que navega ve el puerto,
si toca el oro el avaro,
si ve la joya el ladrón,
si el asalto el capitán,
al norte la piedra imán,
y, en fin, Amor la ocasión,
¿no será cualquier reparo
que le resista violento?
Claro está; yo soy sediento,

muerto, navegante, avaro,
ladrón, capitán y amante;
pues si agua, vida, puerto, oro,
asalto, ocasión, tesoro,
me ha puesto el cielo delante,
¿quién pondrá a mi gusto tasa
cuando la ocasión le espera,
ni quién la osará echar fuera
si ella misma se entra en casa?

ELENA: (¡Ay, sospechoso temor, **Aparte**
mi desdicha averiguastes!)

DIEGO: Contra amorosos contrastes,
don Luis, basta el valor.

 Margarita tiene dueño.
Ella es noble y vos honrado;
de mi valor se ha fiado
y es mi palabra el empeño
sobre quien su honor confía,
y es razón que lo defienda,
pena de perder la prenda
que ella estima por ser mía.

 Bien sé que lo que decís
es sin veros al espejo
de la razón y el consejo,
y que sois vos, don Luis,
tan cuerdo, que cuando Amor
la entrada segura os diera,
el apetito venciera
vuestra nobleza y valor.

Echa mano

 Mas por sí, o por no, dejad
vuestra amorosa querella
en esta raya o en ella
dejaré vuestra amistad
por más prendas que en ella haya;
que ser amigo es deshonra
del que en ofensa de la honra

sus gustos no tiene a raya.

LUIS; Dame, amigo, aqueos brazos,
que injustamente lo fueras
si enojado no rompieras
de mi amor los ciegos lazos.

Habló sin pedir licencia
a la razón el deseo;
mi culpa y tu enojo veo;
mas sirva de penitencia
mi justo arrepentimiento,
que el fuego que me provoca
sacó el alma por la boca,
porque estaba en mí violento.

Tántalo soy; el manjar
que mi apetito interesa
me pone Amor en la mesa
sin dejármele tocar.

Ven, que persuadido quedo,
por mucho que pueda Amor,
que podrá más el valor
de don Luis de Toledo.

DIEGO: Vamos, que esa hazaña sola
es digna de aquese pecho.
Pero ¿qué hazañas no ha hecho
la cortesía española?

Contra ti has de pelear.

LUIS: (¡Cielos, que viendo que abrasa **Aparte**
el fuego el dueño a su casa
no le ha de poder matar!)

Vanse don LUIS y don DIEGO

CALVETE: Pacheco, ¿qué suspensión
es ésa?

ELENA: Es mi desventura,
es pena, es rabia, es locura
y es la misma confusión
del infierno. ¿Margarita
en casa con don Luis?

Celos, ¿aquesto sufrís,
cuando amor os precipita?

¡Fuera vida, seso afuera,
fuera inútiles disfraces!

Sepa quién soy

CALVETE: ¿Qué es lo que haces?

ELENA: Muera Margarita y muera
don Luis.

CALVETE: ¿Estás borracho?

.....

.....

.....[-acho].

¡Jesús! ¿Qué te importa a ti
Margarita?

ELENA: ¡Bueno es eso!

El alma, la vida, el seso,
que por su ocasión perdí.

¿Piensas tú que soy Pacheco?

CALVETE: Pues ¿quién eres?

ELENA: ¿Qué sé yo?

Un árbol que Amor plantó,
verde ayer y ahora seco.

(¡Ay, confusos devaneos!

Aparte

¿Así quién soy descubris?

¿Por qué, honor, no resistís
mis frenéticos deseos?

Si aquéste sabe quién soy,
a don Luis se lo dirá,

y sin razón cortará

la tela que urdiendo voy;

impórtame divertirle

de este pensamiento. Amor,

siempre sois enredador;

prevenidme qué decirle.)

CALVETE: ¿Qué, no eres Pacheco?

ELENA: No.

CALVETE: Dime, pues, ¿cómo te llamas?

ELENA: Infierno de amor.

CALVETE: ¿Luego amas
a Margarita?

ELENA: Enlazó
 en sus brazos mi espérance
 la hiedra que, ya marchita,
 adivina en Margarita
 mi muerte por su mudanza.
 ¡Ay, si supieras quién soy!
 Mas, si muero porque callo,
 poco importa declarallo
 y morir, pues loco estoy.

CALVETE: ¿Quién eres?

ELENA: El desdichado
 príncipe de Parma.

CALVETE: ¿Quién?
 ¿Tú príncipe?

ELENA: Yo.

CALVETE: ¡Oh, qué bien!
 Pocas muelas he mamado.
 ¿A mi engañifas?

ELENA: ¡Pluguiera
 al cielo que no me honrara
 con tal nombre, que no entrara
 en Bolonia, que no viera
 con Margarita mi daño,
 que no pagara tributo
 a mi amor el suyo en fruto
 que sembré y cogí en un año!
 Del hijo de quien es madre
 soy padre.

CALVETE: Serlo podéis;
 pero, pardiez, que tenéis
 ruines barbas para padre.
 Pacheco, si ha sido gana
 de darme papilla al niño
 con ella, que sois lampiño,
 y yo extendiendo toda arana...

ELENA: Vete, necio, que no estoy
 para burlas ni quimeras
 cuando salen tan de veras
 mis desdichas. Di que soy,
 a Margarita, heredero

de Parma desposeído,
por príncipe aborrecido
y amado por jardinero.

Di que, pues el español
me afrenta y sus brazos goza,
sin que el valor de Mendoza
lo estorbe, que cuanto el sol
viste de oro y el mar baña,
tengo de peregrinar
hasta que pueda vengar
la injuria que me hace España.

Dile que de celos muero
y que la vida me enfada;
pero no le digas nada,
que es don Luis caballero;
ella noble, y sin sentido
mis celos, que sin querer
juzgan lo que puede ser
como si ya hubiera sido.

CALVETE: Tú lo dices de tal suerte,
que cuando burlarme trates,
aunque ensartas disparates,
de lástima he de creerte.

Pero ¿cómo puede ser,
rapaz, lo que dices cierto,
si ha un año que está encubierto
en casa de esa mujer
el príncipe, y de su estado
por el marqués excluído?

ELENA: Basta decir que yo he sido
quien de pastor disfrazado,
temeroso del marqués
de Monferrato, la quinta
donde a Chipre el Amor pinta,
cultivé por interés
de otra Venus en beldad
que me dio un ángel que incita
al amor.

CALVETE: Si a Margarita
gozabas con libertad

hecho hortelano, ¿a qué efecto
dejaste el rústico traje
y escogiste más ser paje
de don Diego?

ELENA: No hay secreto
que permanezca si el ciego
descubre sus travesuras;
sembró sus gustos a oscuras
y a luz sacó el fruto luego.
Supo su hermano el suceso,
mandó ausentarme el temor,
mas, como, aunque niño, Amor
es temerario y travieso,
por no ausentarme de aquí
y saber de esta maraña
al fin, el valor de España
en mi favor escogí.

CALVETE: Pues ¿por qué más a don Diego
que a otro?

ELENA: ¡Jesús, qué extraño
sois, Calvete! Si en un año
que cual mariposa al fuego
me abraso por Margarita,
sé que es don Luis su amante
y que no hay hora ni instante
que su amor no solicita,
discreción fue el escoger
el servirle, pues podía
andando en su compañía
a mi Margarita ver
con don Luis cada instante
que a solicitarla fuera,
y mi amor en él tuviera
siempre un tercero ignorante.

CALVETE: Todo aquesto es evidencia;
convencióse mi porfía,
perdóneme vusiría;
pero mal dije, vuslencia,
que yo diré a mi señor
que es el príncipe.

ELENA: El secreto
me importa, mas yo os prometo
de haceros mucho favor
 si con debido recato
mi estado y nombre encubris,
que es amigo don Luis
del marqués de Monferrato,
 y no menos que la vida
en que lo ignore me va.

CALVETE: Desde hoy la lengua estará
por ti al paladar asida.
 Pero más satisfacción
tu Margarita merece
si por tu causa aborrece
de mi señor la afición.

ELENA: ¡Ay, cielos! Que su hermosura,
corre riesgo en su poder,
y Amor no sabe perder
el tiempo ni coyuntura.

CALVETE: Don Luis ha prometido
no agraviarla, y de su honor
es don Diego el defensor;
firme ella, tú su marido,
 no hay trance que temer puedas.

ELENA: Ni hombre que pueda estar,
Calvete, junto al manjar
con hambre y las manos quedas.
 Mas, vamos, que mi presencia
la suya hará recatada.

CALVETE: ¿Hay noche más enredada?

ELENA: ¡Hola!

CALVETE: ¿Qué manda vuslencia?

Vanse. Salen CARLOS y PEYNADO

PEYNADO: En una sala encerrado
hasta ahora me ha tenido,
adonde el pobre Peynado
a tragos por ti ha sorbido

la muerte. De modo he estado
esta noche en el encierro
o prisión, que, si por hierro
Marco Antonio me matara,
en mis calzones hallara
la cera para el entierro.

Darme la muerte quería,
según por entre la puerta
lo escuché, en viniendo el día.

Ya su hermaná estará muerta...

CARLOS: ¿Qué dices? ¡Ay, prenda mía!

PEYNADO: A no romper la ventana
y escorrirme, esta es la hora
que me hace cenar sin gana
con Cristo, y que Menga llora
su luto y viudez temprana.

Todo lo sabe, par Dios;
por mataros a los dos
juntos, esta noche ha sido
disimulado, fingido;
pero no hallándoos a vos,
ya habrá visto Margarita
la tierra de la verdad.

CARLOS: Antes que el cielo permita
tan inhumana crueldad,
venganza tan inaudita,
no admita otra vez el sol
desde el sepulcro español
la oriental y hermosa cuna,
ni sirva otra con la luna
a la noche de farol.

¡Ay mi adorada inocente!
Si en duda puede el temor
darme la pena presente,
averiguado el rigor
de vuestro hermano inclemente!

¿Qué hará en mí? Pero es cristiano
y noble, y al fin su hermano;
no hará crueldad como ésa.

PEYNADO: Los golpes con que la huesa

abrió el azadón villano
sentí, aunque preso, señor,
y el intento oí después
del airado matador,
porque bien sabéis que es
todo oídos el terror.

De una mujer afligida,
atormentada o parida,
sentí suspiros y llantos,
pedir reliquias y santos
y encomendarlos su vida.

CARLOS: ¡Villano, loco, atrevido,
vete, antes que el pesar
..... [-ido]
crezca y no me dé lugar
para ser te agradecido!

Vase PEYNADO

¿Cómo no me he vuelto loco?
Pero sin entendimiento
fuera, esposa, el sentimiento
de tU injusta muerte poco.
Para tu venganza invoco
tu inocencia; entrad, Amor,
y sed vos el vengador,
aunque el castigo no iguale
a la culpa. Un hombre sale.

Sale MARCO Antonio

MARCO: Huyó el príncipe traidor
con mi hermana, y mi venganza,
por tardar, no satisfizo
mi agravio; mas ¿cuándo hizo
cosa buena la tardanza?
Si mi ventura le alcanza,
mi muerto honor resucita,

CARLOS: Carlos soy,
que con dos almas estoy,
porque vive Margarita,
bárbaro tirano, en mí,
pues cuando determinaste
dividirlas, las juntaste
para venir contra ti.

MARCO: Ya tengo que agradecerte
pues me excusas de buscarte,
y aunque en albricias de hallarte
te tengo de dar la muerte,
primero que te la dé
y con ella satisfagas
la injuria de los Gonzagas,
su sangre, nobleza y fe,
quiero saber si perdida
la vida con el honor
murió mi hermana.

CARLOS: ¡Traidor!
Pues siendo tú el fratricida,
¿me lo preguntas a mí?

.....

.....

..... [-í].

Yo no podré castigar
con tu muerte tu delito,
pues si la vida te quito
aún no comienzo a vengar
a mi esposa. Mas, traidor,
gente viene; ven tras mí,
que quiero cobrar de ti
como de mal pagador.

*Echan mano y vanse. Salen don DIEGO y don
LUIS*

DIEGO: Entretanto que no viere
el príncipe no tendrá
sosiego.

LUIS: Celoso está
mi amor por lo que le quiere,
y vengo huyendo del fuego
que mis entrañas abrasa,
que aun no oso quedar en casa
con ella y sin ti, don Diego.

DIEGO: Con eso das testimonio,
don Luis, de tu valor.

Hablan dentro

MARCO: ¡Ah, príncipe engañador!

CARLOS: ¡Ah, tirano Marco Antonio!

DIEGO: Al príncipe oí nombrar.

LUIS: Yo á Marco Antonio, el hermano
de Margarita.

DIEGO: No en vano
nos trujo a este lugar
el cielo. Llega a apartarlos,
que se matan.

LUIS: Caballeros,
tened los nobles aceros,
que entre Marco Antonio y Carlos
la amistad y el parentesco
han de ser los medios sabios
con que se olviden agravios
antiguos.

DIEGO: Si es que merezco
esta merced en favor,
príncipe, de que una dama
que vive en mi casa os llama
de su libertad deudor,
parad la espada y la mano,
que morirá Margarita
si esta pendencia le quita
a su esposo o a su hermano.

Salen MARCO Antonio y CARLOS

CARLOS: ¿Cómo, pues, vive mi esposa?

DIEGO: Y viva por muchos años.

MARCO: ¡Ay, sospechosos engaños!

CARLOS: ¡Ay, prenda del alma hermosa!

LUIS: En vuestro nombre me dio

un ángel, de quien sois padre,
que como es ángel su madre,
su semejanza parió.

Y don Diego, que venía
en mi busca, a vuestra esposa
encontró que, temerosa
de Marco Antonio, salía
de su casa; y porque os cuadre
el contento, quiso Dios
que llevásemos los dos
a la nuestra el hijo y madre.

CARLOS: Hoy vuelvo a vivir de nuevo.

MARCO: ¿Quién en una noche vio
tanto enredo?

CARLOS: Sepa yo
a quién tanta merced debo.

LUIS: Por don Diego de Mendoza
a vuestra esposa adquirís.

DIEGO: Solamente don Luis
de Toledo el favor goza
con que os sirve, y le debéis
aún más de lo que pensáis,
..... [-áis]

Disponer de ella podéis,
que a la española nación
no es mucho ofrecer la vida.

LUIS: Margarita está afligida,
recelosa, con razón,
de la enemistad antigua
que entre Marco Antonio y vos
se conserva, pues que Dios
con tanta paz averigua,
a pesar de la fortuna
vuestra, prolijas pasiones,

sean uno los corazones,
pues que ya la sangre es una.
Las manos habéis de daros
de amigos.

De rodillas

CARLOS: Más razón es
que os dé rendido a esos pies
mis armas para vengaros,
pues viviendo Margarita
satisfecho moriría,
porque el agravio lo esté
que a darme muerte os incita.
Para que os venguéis escojo,
Marco Antonio, este lugar,
porque en él han de quedar,
o mi vida o vuestro enojo.

LUIS: La nobleza en pechos sabios
olvidos de injurias cría.

MARCO: Príncipe, la cortesía
puede más que los agravios.
Dadme aquesa noble mano
y esos brazos que yo os doy.
..... [-oy].

CARLOS: Y yo nombre de mi hermano.
Vamos a ver a mi esposa.

DIEGO: ¿Hay ventura más extraña?

MARCO: Siendo medianera España
por fuerza ha de ser dichosa.

CARLOS: ¡Qué os he de ver cara prenda!

LUIS: Don Diego, en esta ocasión
gozará, echando al ladrón
de casa, el alma su hacienda.

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA

JORNADA TERCERA

*Sale doña ELENA, de hombre, y
MARGARITA*

ELENA: La lástima que me han hecho
vuestras desgracias, señora,
junto con mi inclinación
que por ser noble es piadosa,
me ha obligado a buscar modo
con que el peligro socorra,
que corren a un mismo tiempo
vuestra vida y vuestra honra.
De España vine a ser paje
de don Diego de Mendoza,
y aunque paje, bien nacido,
como hablan por mí las obras.
De vuestros amores supe
aquesta noche la historia,
que aunque comienza en tragedia
muchas el cielo revoca.
También supe la ocasión
que os sacó de noche y sola
de vuestra quietud y casa
librando la vida a costa
del qué dirán, monstruo vil
en cuya bárbara boca
tantas honras hemos visto
despedazadas y rotas.
Alegre estaréis sin duda
de que en una casa propia
halléis socorro, hijo y madre,
en la nobleza española.
¿Quién duda que aguardaréis

que salga la blanca aurora
huyendo del sol, que ensarta
en hilos de oro su aljófar,
para que el príncipe venga
y a vuestros pesares ponga
alegre fin, dando treguas
a vuestro llanto y congojas?
Don Luis, que en casa ha visto
la ocasión, vencido borra
promesas y obligaciones,
y a los pies del gusto postra
respetos y cortesías.
Si no huís dentro de una hora
a la luz de esa hermosura
será ciega mariposa,
que, aunque queme su nobleza
las alas a la memoria,
traerá otra vez el agravio
que a Tarquino echó de Roma.
Don Diego, como es su amigo,
ni os defiende ni reporta
con el freno del consejo
su determinación loca.
Antes por darle lugar
se ha ausentado de Bolonia;
ved vos, si se va el que os guarda,
¿qué hará el ladrón con las joyas?
El príncipe, que pudiera
defenderos como a esposa,
yéndole yo a dar aviso,
imposible es que os socorra,
porque, según en corrillos
lo dice la ciudad toda,
dejando el tosco disfraz,
tomó para Parma postas,
donde estableciendo paces
perpetuas, otra vez cobra
su estado, dando de esposo
la mano a la hija hermosa
del marqués de Monferrato

y previniendo a sus bodas
mil fiestas que a vuestro amor
harán las fúnebres honras;
pues decir que vuestro hermano,
aunque esta casa os esconda,
ha de ignorar dónde estáis;
sabiendo que os sirve y honra
don Luis, es ignorancia;
y si viene, ¿quién le estorba
que rompiendo vuestro pecho
con él su agravio no rompa?
Celos, peligro y temor
contra vos al arma tocan,
que es propio de las desgracias
convidarse unas a otras.
Mirad si os ofrece el alma
remedio al mal que os asombra,
y si no le halláis bastante
y queréis poner por obra
el que os tengo prevenido,
con determinación corta
le ejecutad, porque os va
en la brevedad la honra.

MARGARITA: Días ha, amigo Pacheco,
que se ha hecho el alma sorda
a mil pronósticos tristes
que quieren cumplirse ahora.
El terror, que es adivino,
revolvió las tristes hojas
de mis desdichas, y en ellas
leyó mi ventura corta.
Ya yo temí la mudanza,
de Carlos, que era forzosa,
porque una mujer gozada
es trato que anda de sobra.
Pero, pues salieron falsas
las promesas que en lisonjas
lleva el viento, y en mi ofensa
goza a Claudia y me deshonra,
cuando venga Marco Antonio

y me dé muerte, ¿qué importa,
si a falta suya han de ser
verdugos mis manos propias?
Carlos me ha menospreciado,
y cuando no corresponda
don Luis a su favor
ni don Diego de Mendoza
a su palabra y mi ayuda,
siendo los celos ponzoña,
y yo basilisco de ellos,
matarélos si me tocan.
Déjame que en esas calles
dando voces interrompan
mis agravios el silencio,
para que los hombres oigan
de un cruel hombre la inconstancia;
deja que cual toro rompa
la imagen del padre ingrato
en el hijo vil.

ELENA: ¡Señora...!

MARGARITA: Yo iré a Parma, falso Carlos;
 Progne he de ser en tus bodas;
 tu hijo he de hacer pedazos
 para que sus carnes comas.

ELENA: Sosiegate.

MARGARITA: ¿Cómo puedo?

ELENA: Escuchándome.

MARGARITA: Estoy loca.

 ¿Qué quieres decirme?

ELENA: Carlos
 no está casado hasta ahora.
 ¿Qué sabemos si pretende
 mientras que su padre toma
 la posesión de su estado
 que ha tanto que por él llora,
 engañar así al marqués
 para que en quietud dichosa,
 a pesar de sus contrarios,
 te llame Parma señora,
 después?

MARGARITA: Con esas promesas
su voluntad cautelosa
entretuvo mi esperanza,
Pacheco, no ha muchas horas.
¿Qué me aconsejas?

ELENA: Yo he dado
una traza milagrosa
que, para que se ejecute,
tu aprobación falta sola.
El ama que a mis señores
sirve es una labradora
de aquí cerca, cuyo padre
una milla de aquí mora,
y es quintero del marqués
de Monferrato, el que toma
a Carlos todo su estado.

MARGARITA: Ése mi esperanza agosta.

ELENA: Ya tú sabes que aquí cerca
labró con soberbia y costa
una casa de placer
donde deposita Flora
su apacible primavera,
y donde Amaltea hermosa
vierte, a pesar del invierno,
eternamente su copia.
Si este rústico te lleva
disfrazada con las ropas
de su hija, imaginando
que eres una labradora,
a quien por querer yo bien
y que nadie te conozca
en su quinta, por mi cuenta
que estés oculta me importa,
podrás aguardar segura,
si la Fortuna mejora
tus desgracias, excusando
los peligros que te asombran;
y yo partiéndome a Parma
haré con Carlos de forma
que de Claudia la presencia

no destierre tus memoriás.
Y cuando casarse intente,
como la fama pregona,
buscaremos trazas nuevas
que estorbo a su intento ponga.
¿Qué dices?

MAttGAR. Que no sé quién
en mi favor te provoca
cuando todos me persiguen.

ELENA: Mi inclinación que es piadosa.
Al labrador tengo hablado
y a mi gusto se acomoda,
de su hija prevenidas
las galas pobres y toscas.
El camino es breve, el tiempo
acomodado, pues, corta
a la noche con tijeras
de plata el alba las ropas.
A la puerta está el peligro
la diligencia negocia
y es madre de la ventura.
¿Qué escoges?

MARGARITA: Fuerza es que escoja
tus consejos saludables.

ELENA: ¡Alto, pues! Vamos, señora,
por el niño cuya vista
alivio dé a tus congojas,
que el labrador nos espera,
y con tan bella pastora
brotará flores la quinta.

MARGARITA: Si vengo a ser más dichosa,
yo pagaré largamente
esta industria.

ELENA: (¡Amor, vitoria! **Aparte**
Ya está el enemigo fuera,
ya no se abrasará Troya
ni don Luis gozará
la ocasión que le provoca.)

MARGARITA: ¡Ay, Carlos, al fin mudable!

ELENA: ¡Ay, industrias amorosas!

*Vanse. Salen MARCO Antonio, JULIO y
CARLOS*

JULIO: El príncipe y el marqués
con Claudia estarán, señor,
en la quinta de Belflor;
razón será que le des
con tu presencia un buen día.
De Peynado el jardinero
saben, que en traje grosero
disfranzas la gallardía
que ha envidiado Italia en ti,
y por esto a Belflor vienen,
donde prevenidas tienen
tus bodas; no está de aquí
sino una milla. ¿Qué aguardas,
viendo que te está esperando
Claudia, por siglos juzgando
las horas que en verla tardas?

CARLOS: Marco Antonio: si merece
que le deis fe mi valor,
nuestra amistad y el amor
que desde hoy en los dos crece,
para cobrar el estado
que me ha usurpado el Marqués,
con cuyo favor después
el que a vos os ha quttado
restauremos, es forzosa
hoy a Belflor mi partida,
y porque no me lo impida
Margarita, que, celosa
de Claudia, ha de pretender
partir en mi compañía
o no dejarme ir, querría,
antes de verla, poner
mi intento en ejecución.

.....

.....

..... [-ón]

¿Qué os parece?

MARCO: Aunque mudanza
temo, sé vuestro valor,
y que si es cuerdo el temor,
es noble la confianza.

Partid, príncipe, en buen hora;
cobrad a Parma, que es justo,
como reservéis el gusto
para quien en él adora.

Pero, porque no le ofenda
cuando miréis la beldad
de Claudia, al Amor llevad
cual le pintan, con la venda
a los ojos.

CARLOS: A entender
con aqueso me habéis dado
que el amor cuando es honrado
sólo a su dama ha de ver,
quedando ciego en su ausencia;
pero, Marco Antonio amigo,
al tiempo doy por testigo,
por fiadora a la experiencia,
y por jueces a los dos,
de mi invencible constancia.
Mi partida es de importancia;
presto os veré. Adiós.

Vase don CARLOS

MARCO: Adiós.
Don Luis y don Diego viven
aquí; prevenirlos quiero
que a mi hermana hablen primero,
porque si no la aperciben
de la amistad que hemos hecho
el príncipe y yo, el temor
de mi pasado rigor
que la matará sospecho.

Quiero llamar, pero aquí
pienso que salen los dos.

Salen don LUIS y CALVETE

LUIS: ¿El príncipe?

CALVETE: Juro a Dios
que la llevó y que lo vi
por éstos que han de comer
garrapatas. ¿Quieres más?

LUIS: ¿Pues has visto tú jamás
al príncipe?

CALVETE: Desde ayer
le he visto y comunicado;
todo el suceso me dijo
de su amor. Suyo es el hijo
que nos dieron. Disfrazado
por Margarita ha ya un año
que goza de su beldad.

LUIS: Basta, todo eso es verdad.

CALVETE: A mí no hay hacerme engaño.

Celoso de que su amante
fueres estando ella aquí,
no ha media hora que la vi
llevarla. Llegué arrogante,
tentéla determinada,
que es colérica y no espera,
saqué el pie derecho fuera,
conocíle y no hubo nada.

Al fin con gravedad nueva
me dijo, "Hola, a quien llegare
si por ella os preguntare
decid, `el príncipe la lleva."

Partióse, y fuíme a dormir.
¿Quieres más?

LUIS: No.

CALVETE: Voyme a echar.

Vase

LUIS: Debióse de adelantar
 Carlos, y por prevenir
 el riesgo de una ocasión,
 se la llevó. Ya sosiego;
 a buscar voy a don Diego.
 Extraños enredos son
 los que aquesta noche ha habido.

MARCO: ¿Qué hay, don Luis valeroso?

LUIS: ¡Oh, Marco Antonio famoso!
 No por poco prevenido
 el príncipe perderá
 lo que es suyo de derecho.
 Poca confianza ha hecho
 de quien sirviéndole está.

MARCO: ¡Cómo!

LUIS: ¿No lo sabéis?

MARCO: No.

LUIS: A Margarita ha sacado
 de casa desconfiado
 de que, por amarla yo,
 había de estar segura
 su belleza en mi poder.

MARCO: Eso, ¿cómo puede ser?

LUIS: Así quien lo vió lo jura.

MARCO: Pues vase ahora de aquí
 a Belflor determinado
 de cobrar su antiguo estado
 a costa de dar el sí
 a Claudia, y porque por ella
 mi hermana no le impidiese
 su camino o le siguiese
 a Belfior, se va sin ella,
 ¿y decís que la sacó
 de casa?

LUIS: Lo cierto es esto.

MARCO: En confusión me habéis puesto
 notable.

LUIS: Si se apartó

anoche de vos, es cierto
que vino por ella.

MARCO: Sí,
luego que me despedí
de vos se fue. ¿Si la ha muerto
por quedar libre y poder
casarse con Claudia?

LUIS: No,
que es noble y cristiano.

MARCO: Y yo
desdichado. Sin querer
ver a su esposa, partir
a Belflor con tanta prisa,
¡qué tarde el alma me avisa!
No quiso, por encubrir
su muerte, verla conmigo.
¡Ah promesas lisonjeras!
¡Nunca fue amigo de veras
quien de veras fue enemigo!
Testigo ha de ser Belflor,
si al homicida hallo en él,
del castigo más crüel
que dio un agravio a un traidor.

LUIS: Si aqueso es cierto, el primero
seré en vengar su inocente
sangre.

MARCO: ¡Ah, príncipe inclemente!

LUIS: Ir con vos a Belflor quiero.

MARCO: ¡Ah, Margarita engañada!

LUIS: La quinta pienso abrasar.

MARCO: ¡Qué poco que hay que fiar
de amistad reconciliada!

*Vanse. Salen el MARQUÉS y el PRÍCIPE de
Parma, viejos, CLAUDIA y otros*

MARQUÉS: Menos la luz se estimara
si no hubiera escuridad,
y a faltar la enfermedad

la salud no se preciara.
El mar furioso declara
lo que la bonanza encierra,
realza al llano la sierra
como la fea a la hermosa,
y así nunca es tan preciosa
la paz como tras la guerra.

Ejemplo de esta verdad
será, príncipe excelente,
la que establece al presente
nuestra antigua enemistad.
Para más conformidad
tocó cajas al rigor
de nuestro antiguo furor,
mas ya con paz nos abraza
y de dos opuestos traza
nuestro parentesco amor.

PRÍCIPE: Cuando la guerra prolija
después de tantos enojos
no me diera más despojos
que por hija a vuestra hija,
es justo, marqués, que elija
desde hoy mi dicha, la gloria
y premio de la vitoria;
porque cuando yo os venciera,
¿con qué otra cosa pudiera
eternizar mi memoria?

¡Dichoso Carlos, que aguarda
ser dueño de tal belleza!

MARQUÉS: Más merece su nobleza.
Claudia juzgará que tarda;
que aunque el temor la acobarda,
con el femenino recato
como desposarla trato
hoy deseará ver
a quien su esposo ha de ser
y heredar a Monferrato.

PRÍCIPE: Nuestros pasados enojos
nunca les dieron lugar
para verse ni gozar

Carlos la luz de estos ojos.
Entre groseros despojos
Bolonia le ha disfrazado;
pero, pues ya está avisado
del bien que el cielo le da,
presto, señora, vendrá
humilde y enamorado.

¿Habéisle cobrado amor?

CLAUDIA: Nunca mi gusto aborrece
lo que estima y le parece
bien al marqués, mi señor.

PRÍCIPE: Vos respondistes mejor
que yo supe preguntar.

MARQUÉS: Vamos, démosla lugar
que con el deseo trate
de Carlos, y la retrate,
que amor bien sabe pintar.

*Vanse los el PRÍCIPE y el
MARQUÉS*

CLAUDIA: Si son propiedades ciertas
de Amor que aún está en calma,
que para entrar en el alma
los ojos le abran las puertas,
¿cómo en mí, no estando abiertas,
me presenta sus despojos
mi padre por darme enojos?
Pues de los cinco sentidos
la fe escoge los oídos,
pero Amor sólo los ojos.

Déjeme verle y hablalle,
sepa mi amor lo que merca,
que quien ha de estar tan cerca
no es bien de lejos amalle.
Sin ver su presencia y talle,
¿cómo le podré querer?
En un paje suelen ver

el talle, el rostro y lenguaje,
pues ¿importa más un paje
que quien mi esposo ha de ser?

*Salen doña ELENA, da galán, y
CALVETE*

ELENA: ¿Margarita está contenta
y segura de mi amor?

CALVETE: Contado le he a mi señor
todo el caso; pero intenta
estorbar que a Claudia veas;
con Marco Antonio vendrá
aquí, que dudoso está
de que en Margarita empleas
todo el gusto, sin que tenga
Claudia en él alguna parte
con que te obligue a casarte.

ELENA: Cuando Marco Antonio venga
conocerá la firmeza
de mi noble inclinación.

CLAUDIA: ¿Qué gente es ésta? ¿Si son
pajes de Carlos? Ya empieza
a prevenirse el deseo.
¿Si habrá el príncipe venido?

CALVETE: Grande atrevimiento ha sido
traerla aquí.

ELENA: Ya lo veo,
aunque estando su belleza
encubierta como está,
de aqueso modo será
testigo de mi firmeza.

CLAUDIA: Lo que hablan quiero escuchar.

CALVETE: Di, pues, quién eres, señor,
porque se alegre Belflor.

CLAUDIA: Si Belflor se ha de alegrar
con su venida, ¿quién duda
que es este el príncipe? ¡Ay, cielos!

ELENA: Calvete, algunos recelos

puesto me tienen en duda.

CALVETE: Si eres, Carlos, heredero
de Parma, ¿qué hay que temer?

ELENA: No he de darme a conocer
sin ver a Claudia primero.

CLAUDIA: ¿Verme quiere? Mi opinión
sigue, que Amor se conquista
solamente por la vista.
No previne la ocasión.

¿Si está el cabello compuesto?
¿Si tengo igual el vestido?
¡Qué sin pensar me has cogido,
Amor, en el lazo puesto!

CALVETE: El cielo las partes haga
de tu esposa.

ELENA: Sí, hará.

CLAUDIA: ¿Su esposa me llama ya?
Recíprocamente paga
mi amor, que es un angel de oro
el principillo.

ELENA: No entiendas
que interés, belleza o prendas
me han de vencer, que la adoro
y es mi esposa.

CLAUDIA: Que me adora
dice. Perdona el temor
que le he de hablar... ¡Ah, señor,
con tal silencio!

ELENA: ¡Oh, señora!
¿Conocéisme vos a mí?

CLAUDIA: El alma que profetiza
su dicha en vos solemniza
a Carlos.

ELENA: ¿Sois Claudia?

CLAUDIA: Sí.

CALVETE: Por Dios que nos ha escuchado.

ELENA: Dadme aquesa mano bella,
honraré mi boca en ella.

CLAUDIA: Aunque sois tan deseado
no sé si en parte me pesa

de que a verme hayáis venido.

ELENA: Pues ¿por qué he desmerecido tanto bien?

CLAUDIA: No es la causa ésa.

ELENA: ¿Pues cuál?

CLAUDIA: Habéisme pintado
allá en la imaginación
un ángel en perfección
y hermosura, y engañado
ahora, vendré a perder
lo que en ausencia ganara
si por tan bella quedara,
porque jamás suele ser
igual el original
a lo que el deseo retrata.

ELENA: Nunca con igualdad trata
lo humano a lo celestial,
y siendo Claudia infinita,
tan rara beldad excede
a lo que mi ingenio puede
pintar.

CALVET: (¡Pobre Margarita!)

Aparte

CLAUDIA: De vos la misma razón
alegar Carlos podría,
pues como visto no había
vuestro talle y discreción,
pintábaos el pensamiento
un matahombres, enseñado
más al acero templado
que al dulce entretenimiento
con que el amoroso dios
hace en las almas su empleo;
pero su retrato veo
en lo niño y bello en vos.

Vamos, que quiero ganar
las albricias del marqués,
aunque siendo el interés
mío, yo las puedo dar.

ELENA: Impórtame por ahora
que no sepan mi venida.

CLAUDIA: ¿Cómo? ¿Mi dicha no impida
norabuena?

ELENA: No, señora;
sólo es por cierto respeto
que después os contaré.

CLAUDIA: Vamos, pues, que yo os tendré
con el debido secreto
que pedís. Pero qué, ¿tanto
encubierto habéis de estar?

ELENA: Lo que tardase en llegar
un amigo. (¡Cielo santo, **Aparte**
ya yo entré donde no puedo
salir si no me sacáis!
En buen peligro, alma, andáis
por don Luis de Toledo.)

CLAUDIA: (¿Hizo el cielo más hermoso **Aparte**
príncipe? Perdida voy.)

ELENA: Vamos, que habéis de ser hoy...

CLAUDIA: ¿Qué?

ELENA: Mi esposa.

CLAUDIA: Y vos mi esposo.

Vanse CLAUDIA y doña ELENA

CALVETE: Zampáronse allá los dos.
Yo no acabo de entender
qué fin tiene de tener
tanto embeleco.

Salen PEYNADO y MARGARITA de labradora

PEYNADO: Par Dios,
que por más que os encubráis
sois Margarita Gonzaga.

MARGARITA: ¡Arre allá; apartaos de zaga!

PEYNADO: Yo no sé si en pena andáis
desque os mató vuestro hermano,
mas vuestra empergeñadura

es su misma catadura.
Encubriros será en vano.

Un responso y media misa
si andáis, Margarita, en pena,
os haré decir.

MARGARITA: ¿No es buena
la tema en que da? Fenisa
me llamo. (Si me conocen **Aparte**
en Belflor, perdida soy.

CALVETE: Señora, dichoso soy.
en haberte hallado; gocen
mis labios tus pies.

MARGARITA: ¡Verá
si escampan los desvaríos!

CALVETE: Calvete soy.

MARGARITA: ¡Hola, tíos;
ténganse les digo allá!

CALVETE: ¡Oh! ¿Zangamangas conmigo?

PEYNADO: Vos no debéis de saber
que anda en pena esa mujer
y está muerta. Quitaos digo.

CALVETE: ¿Muerta?

PEYNADO: Sí, par Dios, yo oí
abrir su huesa en la huerta
do la enterraron.

MARGARITA: (Por muerta **Aparte**
me tienen.)

CALVETE: Quita de ahí,
páparo.

MARGARITA: ¿Mas qué he de echarlos?
¡Si no se van con mal huego!

PEYNADO: ¿Veislo?

CALVETE: Yo la haré que luego
vuelva la hoja.

Al oído

Aquí está Carlos,
y si no vas a estorbar

que no hable a Claudia, par Dios,
que se picotean los dos.

MARGARITA: ¿Cómo? Espera.

PEYNADO: Es escolar
y conjúrala al oído,
¿qué mucho se esté quedita?

CALVETE: Vuestro hermano, Margarita,
todo el suceso ha sabido
y presto vendrá a Belflor
con don Luis y don Diego.
Carlos está de amor ciego
por Claudia.

MARGARITA: ¿Ciego de amor,
y por Claudia?

CALVETE: Aquesto es llano
si a la vista he de creer;
ahora acabo de ver
que se entraron mano a mano
donde, aunque esté Marco Antonio
confiado en él, par Dios,
que deben estar los dos
consumando el matrimonio.

MARGARITA: ¡Alto! Echó Fortuna el resto
de mi pena y su rigor;
hoy abrasaré a Belflor.

Sale JULIO

JULIO: Avisen a Claudia presto.

PEYNADO: ¿Qué hay de nuevo?

JULIO: Que ha venido
Carlos.

CALVETE: ¿Veslo?

PEYNADO: Ya me alegro.

JULIO: Con su padre y con su suegro
está.

CALVETE: Habrále persuadido
Claudia, después de gozada,
que se les dé a conocer.

JULIO: El desposorio ha de ser
hoy y luego la jornada,
que han de ir a dormir a Parma.
A Claudia voy a llamar.
Adiós.

Vase JULIO

MARGARITA: ¿Hoy se han de casar?
Celos, toquemos al arma.

Traedme el alma de Carlos,
para que la atormentemos.

PEYNADO: Pues ¿soy yo corchete de almas?

MARGARITA: Tú eres el diablo cojuelo.

PEYNADO: ¿Cojo me quieres dejar?
¿Quién diablos me metió en esto?

MARGARITA: Métele en el calabozo
que llaman del menosprecio,
donde con fuego y azufre,
que es azul, le quemén celos.
¿No le traes?

PEYNADO: Ya voy por él,
Por el guisopo y caldero
voy al cura y monacillos:
¡Abernuncio, Jesús, credo!

Vase PEYNADO

MARGARITA: Pasa tú aquí, Asmodeílo,
que en tu compañía quiero,
como hay visita de cárcel,
que haya visita de infierno.
Tú días ha que condenado
estás.

CALVETE: ¡Zape! Eso reniego.
 ¿Condenado? Ni aun de burlas.
 ¿Por qué?

MARGARITA: Por alcabalero.

CALVETE: Por alcahuete dirás.

MARGARITA: Sí, que también el infierno
 como el mundo, sin ser santos,
 tiene su orden de terceros.
 ¡Oh, qué de oficios que están
 abrasándose!

CALVETE: Acá dentro
 no consienten vagamundos.

MARGARITA: ¿Quién son éstos?

CALVETE: Pasteleros.

MARGARITA: O [son] hojaldreros ladrones,
 poca carne, mucho hueso,
 moscas con caldo en verano,
 macho picado en invierno.
 Con sus pelos enhornarlos.

CALVETE: Los de Italia serán éstos,
 porque los de España son
 buenos cristianos.

MARGARITA: Muy buenos.

CALVETE: Todos los que ves son sastres.

MARGARITA: ¿Sastres son todos aquéstos?

CALVETE: Sí, que comen con las puntas
 de las agujas el huevo.

MARGARITA: ¡Par diez!

CALVETE: Ellos son
 muy bellacos marineros,
 pues viendo siempre la aguja
 nunca atinaron al puerto.
 ¿No notas la multitud
 de poetas como perros,
 mordiéndose unos a otros,
 no las carnes, mas los versos?

MARGARITA: Tal es la hambre que pasan.

CALVETE: Por eso se andan royendo

las uñas todos.

MARGARITA: No es poco
admitirlos el infierno;
mas ¿cómo están con los sastres?

CALVETE: ¿Agora no sabes eso?
Porque cortan de vestir
y mienten siempre con ellos.
Esta es la volatería,
todo es plumas.

MARGARITA: Ya te entiendo,
que en el infierno también
hay signos como en el cielo.
¿No es Carlos éste que está
con Vireno padeciendo
por ingrato? Olimpa soy;
¡ah, villano; aquí te tengo!

Coge a CALVETE

Con los pies te he de pisár
ese corazón blasfemo.
Quien tal hace que tal pague.

CALVETE: ¡Que me matas!

MARGARITA: ¡Tú me has muerto!

*Vanse. Salen CARLOS, el MARQUÉS y el
PRÍNCIPE*

MARQUÉS: Otra vez me dad los brazos.

CARLOS: Y el alma, señor, con ellos.

PRÍNCIPE: Dichoso fin a sus canas
mis prolijos años dieron.

MARQUÉS: Vayan a llamar a Claudia,
que es a quien de este contento
le toca la mayor parte;
hoy os llamará su dueño
y hoy entraremos en Parma.

CARLOS: ¿Cómo, gran señor, tan presto?

MARQUÉS: Sí, Carlos; que es importante.

CARLOS: (Si en ella una vez me veo **Aparte**
no tendría Margarita
queja de mí, ni sus celos
ocasión de nuevos llantos.)

Sale CLAUDIA

CLAUDIA: ¿Carlos? (¡No puede ser eso!) **Aparte**

MARQUÉS: Ya, Claudia; vino tu esposo;
en él tienes un espejo
de nobleza y discreción,
de gentileza y esfuerzo;
dale la mano y los brazos.

CARLOS: Con los míos os ofrezco
un alma, cuyas potencias
están suspensas de veros.

CLAUDIA: ¿Qué engaño es éste, señores?
¿Vos sois Carlos?

CARLOS: No merezco
ser vuestro esposo, mas soy
Carlos, de Parma heredero.

CLAUDIA: Eso ¿cómo puede ser,
si es Carlos un ángel bello
de mi guarda, a cuyos ojos
se rinden mis pensamientos?

MARQUÉS: Estás sin seso. ¿Qué dices?

CLAUDIA: Yo bien puedo estar sin seso;
mas, dentro en mi cuarto
está el Carlos a quien yo quiero.

PRÍCIPE: ¿Hay confusión semejante?

MARQUÉS: Id por él. ¿Qué es esto, cielos?

CLAUDIA: Yo le traeré y juzgaréis
lo que gano con el truco.

*Vase. Salen don DIEGO, don LUIS y MARCO
Antonio*

LUIS: Aquí están todos; veamos
el fin de aqueste suceso,
pues si Carlos os ofende,
que hasta ahora no lo creo,
y a Margarita dio muerte,
todos tres satisfaremos
vuestro agravio.

DIEGO: Vida y honra
por vos perderá don Diego.

MARCO: Sois españoles, que basta.

*Sacan dos LABRADORES a MARGARITA de los brazos, de
pastora*

LABRADOR 1: Gracias a Dios que en sí ha vuelto.

MARQUÉS: ¿Qué es esto?

LABRADOR 2: Mande su esencia
poner en un aposento
esta mujer encerrada,
que habiendo perdido el seso
da en decir que es Lucifer
y Belflor es el infierno,
los que en ella estamos diablos,
y si no la detenemos
ya volara aquesta quinta
hecha polvos por el viento.

CARLOS: ¡Margarita de mis ojos!

MARGARITA: ¿De tus ojos soy y en ellos
tienes a Claudia, traidor?

De rodillas

CARLOS: No lo permitan los cielos,
sangre ilustre de Gonzaga.

Si en los generosos pechos
pueden más que los agravios
la piedad que vive en ellos,
tenedla de Margarita
y de mí, que en yugo tierno
ha un año que soy su esposo
y en su casa jardinero,
o dadme perdón o muerte.

PRÍCIPE: ¿Qué es lo que oigo? ¡Ay, triste viejo!
¿Quién es esta Margarita?

CARLOS: Del mayor contrario vuestro,
aunque ya es hijo, es hermana.

PRÍCIPE: Si es Marco Antonio, primero
derramaré tu vii sangre.

De rodillas

MARGARITA: La garganta humilde ofrezco,
como a mi padre y señor.

MARCO: Y yo también este cuello
si vuestra gracia no alcanzo.

CARLOS: Mi Marco Antonio, aquí os tengo,
ya no temeré la muerte.

MARGARITA: Cielos piadosos, ¿qué es esto?
¿Tendrán fin tantos pesares?

CARLOS: Dadnos perdón.

MARQUÉS: Es muy presto.

CARLOS: Quien da luego da dos veces.
Ya el enojo es parentesco;
dos veces nos perdonáis
siendo infinitas ejemplo
de príncipes.

MARQUÉS: ¿Qué he de hacer,
si ya no hay otro remedio?

MARCO: Perdón, señor, os pedimos.

MARGARITA: Padre sois.

PRÍCIPE: Yo os lo concedo

como le alcance mi hijo
del marqués.

MARQUÉS: Pues ya está hecho,
si el dar luego es dar dos veces,
yo os le doy.

CARLOS: Eres espejo
de Italia y del mundo todo.

*Salen CLAUDIA y doña ELENA de
hombre*

CLAUDIA: El príncipe a quien por dueño
confiesa el alma es aquéste.

MARQUÉS: ¿Cómo? ¡Dadle muerte presto!
¡Ah, villano cauteloso!

Sale CALVETE

CALVETE: (A pagar de mi dinero **Aparte**
que es príncipe y más.)

MARQUÉS: Matadle.

CLAUDIA: Señor, por su vida ruego,

De rodillas

si no aborrecéis la mía.

ELENA: Un paje soy, que este enredo
en favor de Margarita
quise hacer.

MARQUÉS: Matadle presto.

DIEGO: Eso no, gran señor, que es
una dama de Toledo
tan ilustre como hermosa.

CALVETE: ¡Válgate el diablo el Pacheco!

LUIS: ¿Es doña Elena de Luna?

DIEGO: Sí, que vuestro olvido y celos
la han obligado a poner
su vida y honor a riesgo.
La mano la habéis de dar
de esposo.

CLAUDIA: ¡Extraño suceso!

CARLOS: ¿Hay más cosas en un día?

CALVETE: (¡Oh, príncipe embelequero!)

Aparte

DIEGO: Dadle esa mano.

LUIS: En España
se la juro dar, don Diego.

DIEGO: Quien da luego da dos veces.

LUIS: ¡Alto, pues! Dóysela luego.

MARQUÉS: Claudia la dé a Marco Antonio,
a quien hago mi heredero.

CLAUDIA: Obedecerte es mi gusto.

MARCO: Esos pies humildes beso.

LUIS: Gocéis; Carlos valeroso,
con Parma el dichoso empleo
de Margarita.

CARLOS: A los dos
cuanto soy y valgo debo,
y pues que ya tiene esposa
don Luis, para don Diego,
guardo una hermana, y con ella
cuatro villas.

DIEGO: No merezco
tanta merced.

CALVETE: Eche un guante
para mí.

CARLOS: ¿Qué quieres?

CALVETE: Quiero
el ama que dio a mamar,
Carlos, a vuestro hijo bello,
que yo haré venga a criarle.

LUIS: ¿A la parida?

CALVETE: ¡Oh, qué bueno!
Yo soy quien la emparidé.

MARGARITA: Yo el dote, Calvete, os debo.
Venga a criarme mi hijo
vuestra mujer.

CALVETE: Tus. pies beso.

MARQUÉS: Venid, que en Bolonia quiero
celebrarlos todos juntos
los ilustres casamientos.

CARLOS: Si es verdad, noble senado,
que conforme estos ejemplos
quien da luego da dos veces,
dad perdón a nuestros yerros.

FIN DE LA COMEDIA

Freeditorial 